

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 48.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Junio 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *El intelectualismo y su obra*, por Federico Uráles.—*Capciosidades*, por Donato Luben.
La anarquía: su fin y sus medios, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Ciencias físico naturales*, por Francisco Salazar.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.
SECCION LIBRE: *¡Galliffet también socialista!*, por Domela Nieuwenhuis.—*La Resclosa*, por Felipe Cortiella.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Materialismo é idealismo*, por Büchner.

SOCIOLOGIA

EL INTELLECTUALISMO Y SU OBRA

Nunca hemos podido creer en la ciencia de Lombroso ni en la filosofía de Nietzsche. En el catedrático italiano vemos al sabio que eleva á dogmas científicos cuatro signos particulares arbitrarios y sin aplicación social, y en el alemán reconocemos al filósofo que cultiva el arte de la originalidad con las agravantes de premeditación y de alévosia. No gustamos del cálculo ni del efectismo en ninguna de las manifestaciones humanas, y menos en las del talento. Entendemos que el saber y la filosofía que no son sencillos, naturales, simples, sin transcendencia, que carezcan de utilidad práctica—animal casi—; que hagan del raciocinio aplicado á las obras de la inteligencia un don superior y un medio para no ser entendidos de los demás mortales; considerando que el filósofo al alcance de la multitud es un filósofo de tres al cuarto, entendemos, repetimos, que este saber y esta filosofía son en extremo inferiores.

Gran defecto, preocupación y daño es creer que las cualidades que inducen á los sabios á las carreras intelectuales son superiores á las de aquellos que practican una profesión manual. No se tiene en cuenta que la tiranía política y económica de la sociedad obliga á vivir en la ignorancia á muchas inteligencias superiores, ni que en la vida de las relaciones humanas todos somos igualmente sabios y útiles, porque somos igualmente necesarios. Se olvida que muchos grandes hombres, que hoy monopolizan el saber y la filosofía, serían excelentes carpinteros si hubiesen nacido en una familia desheredada.

Dando patentes de inteligencia, ó dueños del saber, inútil casi siempre para el objetivo de la vida, que es el goce, las jerarquías intelectuales se transmiten y se heredan por una serie de leyes económicas que por el hábito, muchas se convierten en orgánicas, con las mismas reglas con que se transmiten y heredan las fortunas. El que recibe un millón de otro ó el que lo acumula explotando á sus iguales, no sólo

recibe dos veces 500.000 pesetas, sino que, además, recibe los medios para ser sabio, y, si ahondáramos en el asunto, veríamos que hasta adquiere facilidades para ser inteligente.

Por otra parte, en la casta de los intelectuales influye también el atavismo. Hay familias que, por herencia, se transmiten cierta predisposición á determinados quehaceres. Los judíos son los comerciantes más hábiles del mundo. Nadie trabaja el cobre como los hijos de Hungría. ¿Quién puede disputar á los gitanos el arte del engaño? Y es que, unos y otros, crecen en el medio que ha impreso en su cerebro la cualidad que les distingue, y á la que estaban predispuestos por el ejercicio de sus padres.

La práctica de una operación habilita á los hombres para el buen desempeño de la misma, y cuando esta operación constituye nuestro pan de cada día, se convierte en una ley orgánica y en una notabilidad social.

La práctica del intelectualismo produce los mismos efectos entre las castas que se han dedicado á la improductiva y perjudicial tarea de *hacer* pensamientos profundos, con las circunstancias de que estas castas se consideran más perfectas y útiles que las demás, siendo iguales ó peores, porque el ejercicio de su profesión va ligado á una decadencia orgánica de malos resultados para la constitución de los pensadores en particular, y para las humanidades en general. En el cerebro de cada una de estas castas el ejercicio ha creado un órgano especial, que ha de producir pensamientos raros y transcendentales, quiera que no el individuo que lo lleva en la cabeza.

Pero el mal no consiste precisamente en esto; consiste en que, así como el labrador, que sabe arar admirablemente, porque es hijo de labradores y porque ha crecido entre arados, vides y terruños, se tiene por una persona de poco más ó menos, el que sabe pensar, porque es hijo de pensador y porque ha crecido entre libreros, sabios y catedráticos, se considera un ser de casta más distinguida.

Si imparcialmente analizáramos en qué grado contribuimos cada uno á la felicidad de los demás seres humanos, veríamos que el filósofo, pensador ó sabio de profesión, no ha hecho otra cosa que sembrar el desconsuelo y la infelicidad, separando de la naturaleza á las humanidades, y enseñándoles reglas absurdas, conceptos anti-humanos; prohibiendo é imposibilitando la satisfacción de las necesidades todas, presentando como pecado ó como crimen aquello que la naturaleza del individuo siente, que necesita para ser feliz, y que no puede ser crimen ni pecado, porque constituye el estado de un animal, estado muy superior á esta segunda naturaleza que, con el nombre de moral y de civilización, hemos levantado ante los anhelos de nuestra naturaleza orgánica. En cambio de este mundo ficticio, abstracto, retórico, metafísico, que presentan los filósofos como su obra imperecedera, ¿qué enseñan los obreros? Enseñan una realidad tangible, una aplicación á las necesidades de la vida; enseñan una riqueza mecánica, una riqueza urbana, una riqueza agrícola, hasta una riqueza científica, y, aunque la enseñan en poder de los que no la crearon, no por eso se demuestra la inutilidad del esfuerzo de los productores.

Triste verdad es que el obrero no ha sabido aprovechar en bien suyo el resultado de aquellos esfuerzos; pero no es menos cierto que del trabajo de los teólogos, de los místicos, de los metafísicos, de los filósofos, de los retóricos, nada útil han sacado las generaciones; al contrario, sacaron los poderes que dominan al pueblo y las preocupaciones que nos dominan á todos.

Las instituciones de intelectuales, que, por otra parte, no tienen más valor hum-

no que cualquier institución de comerciantes, han fundado el arte de engañar á las multitudes, engaño que en nuestros días se ha convertido en necesidad de la filosofía, hasta el extremo de que algunos filósofos creen que sus libros son necesarios á las personas.

No conocemos ni pretendemos conocer al primero que formuló un argumento para engañar á sus iguales; pero no ignoramos que ese fué el primer filósofo. Desde aquel día las argucias sofisticas alcanzaron la categoría de pensamientos profundos, y quedó hecha la casta de los amos, de los sacerdotes, de los teólogos, de los pensadores.

El intelectualismo, bellamente combatido por el intelectual Victoria, á la par que se convertía en una neurosis, en una degeneración orgánica, y, como tal, en un peligro para la dicha humana, que surtía de locos á los manicomios y de santos á los calendarios, iba formando la casta de los legisladores y de los holgazanes, que aspiraron vivir á costa de sus iguales. ¡Qué de sofismas han inventado después para mantener el actual estado de cosas, como si dijéramos: el *statu quo* social! Códigos, partidas, leyes... La ley fué la gran panacea de los filósofos. Toda la gente superior dió en escribir capítulos de derechos y deberes. ¡Y es de presumir la gravedad y la satisfacción con que debían dar al mundo el producto de su inmenso talento los Platones de todas las edades!

Porque nosotros, á pesar de todo, hacemos á los filósofos de profesión, á los intelectuales de oficio, el favor de creer que se consideraban útiles á sus semejantes.

Por ejemplo, decían, y dicen aún hoy: Artículo 1.º Queda prohibido comer, amar y gozar.

Y, después de escribir tales disparates, se consideraban y se consideran superiores á los demás.

Hojéense los libros de los legisladores y los de los filósofos, y se verá escrito lo que en síntesis significan aquellas tres prohibiciones. Serás condenado si no respetas la propiedad de otro, aunque éste tenga el doble de lo que necesita y tú carezcas de lo más indispensable. Se te castigará si amas sin la sanción de tercera persona, aunque la voluntad de la segunda te lo permita. Sufrirás el rigor de la ley si satisfaces tus deseos, cuando estos deseos sean contrarios á una moral absurda y convencional, como todas las morales. Y después de obras tan *humanas* y *justas*, ¿quién no desea la muerte para pasar á la posteridad?

Sin embargo, en cada uno de esos libros que han hecho la fama de sus autores y han inmortalizado nombres, hay materia suficiente para declarar humanicidas y criminales á quienes los escribieron. En todos se legaliza la esclavitud, en todos se justifica la miseria, en todos se elevan tronos á la injusticia y al latrocinio; la injusticia y el latrocinio son la base de las obras de los pensadores. Esto en el orden económico. En el orden abstracto, ¡qué de absurdos! Las *universales*, lo infinito y el principio de las cosas consumen diez siglos de filósofos; cinco hace que la gente de meollo disputa sobre la razón y las facultades espirituales. Durante este tiempo, infructuoso y estéril para el objetivo de la vida, se han descuidado las necesidades materiales, que son las únicas que no admiten discusión ni falsas interpretaciones. Las necesidades se sienten ó no se sienten. En el primer caso, han de satisfacerse; en el segundo, niegan la entrada á toda metafísica. Lo que se siente no admite plazo ni investigación alguna; sólo se investiga lo inseguro y dudoso. Y teniendo, como tenemos, tantas ne-

cesidades orgánicas que aguardan cumplimiento, y tantos problemas materiales que esperan solución, ¿no es un crimen consumir las energías del cerebro en cuestiones que pueden existir únicamente en el atavismo de una institución de intelectuales, y que, aun con existencia real, no constituyen una necesidad tan perentoria como las cuestiones que afectan á la vida de la mayor parte de los seres humanos?

Toda sabiduría, pensamiento escrito elevado á dogma, á regla, á modelo de justicia ó de moral, es nocivo á la humanidad.

No hay otro saber útil que el de saber vivir tal como nuestro organismo reclama.

La moral que se opone á nuestras satisfacciones, es una inmoralidad. La filosofía que impide el cumplimiento de nuestros deseos, es una filosofía de tres al cuarto. El saber que dificulta la práctica de un anhelo, es un saber de guardarropía.

Los deseos y las necesidades que sienten los hombres sólo son malos si se les compara con las leyes que impiden su satisfacción ó con las preocupaciones que ha creado el ejercicio de esas leyes.

Sólo es inmoral atentar contra la libertad ajena; todo lo demás es perfectamente justo.

Las pasiones, por raras que nos parezcan, son lícitas, si no cohiben la voluntad de segunda persona.

Mientras los hombres hayan de vencer su naturaleza para ponerse en armonía con las leyes sociales, serán injustas las instituciones.

Mientras las conveniencias se pongan del lado contrario á los deseos, no reinará la felicidad en la tierra. Ni ahogaremos los gritos de la carne, ni podremos satisfacerlos, ni estaremos contentos de nosotros mismos.

Aquí, en la tierra, en la materia, en el cuerpo, hay que trabajar, porque es lo único positivo que existe.

Y allá va, dándose tono, esa legión de filósofos, de teólogos y de metafísicos, que aún no han aprendido á ser hombres, y que han hecho todo lo posible para impedir que lo fueran los demás. Y pasan á la inmortalidad, y se consideran seres superiores, y hasta cometen la imprudencia de insultar al pueblo que los eleva. Debieran ser los filósofos quienes erigieran estatuas en honor á los pueblos, porque, después de tantos años de intelectualismo, de mirar á lo alto, á lo hondo, á lo incognoscible, el pueblo tiene la virtud de mantenerse fiel á la tierra, al estómago, á la materia, condición mucho más digna de premio que la de los que se pasan la vida escribiendo leyes y sentencias, estudiando la esencia de las cosas y las propiedades inmateriales, sin olvidar nunca su oficio de consejeros y de pastores.

FEDERICO URALES.



CAPCIOSIDADES

Siempre capciosos y acostumbrados á esfumar la esencia de la verdad tras las bonitas nieblas del *buen decir*, nuestros hábiles detractores, no tienen el menor empacho en afirmar á la faz del mundo civilizado que, el socialismo *no reconoce más dueños legales de la producción y de la social riqueza que los obreros manuales propiamente dichos*, y,

por consecuencia, según las máximas económicas que peregrinamente se nos atribuye profesar, deducen los doctores de la economía política que los socialistas de todas las escuelas declaramos explícitamente que para nada sirve en los fomentos de la producción general la labor cooperativa intelectual del arquitecto, del físico, del ingeniero ó del ilustrado instructor...

Pero... ¡señores míos!... ¿En qué principios, en qué doctrinas socialistas genuinamente se fundan ustedes para afirmar así, de golpe y porrazo, que los partidarios del socialismo hayamos jamás pretendido que los *productos de un libro*, por ejemplo, pertenezcan única y exclusivamente al cajista que lo compone y al impresor que lo tira, y en ningún caso á la inteligencia creadora que lo ha dado á luz?... ¿Qué teorías ó qué *autoridades* socialistas pueden citar nuestros piadosos impugnadores para probar que los socialistas hayamos jamás desconocido ó negado sistemáticamente el justísimo é indiscutible derecho que á la participación equitativa en los productos del trabajo tangible tienen los egregios obreros de la inteligencia?... ¿Qué maquiavélica maldad encierra en sí la afirmación sentada por los sabios paniaguados de la sociedad burguesa, de que el socialismo, que se propone redimir á los hombres igualándolos en los disfrutes del derecho, no reconoce otros *acreedores legales á la participación y disfrute de todos los productos disfrutables emanados del trabajo* que los trabajadores manuales propiamente dichos, cuando, precisamente, las teorías socialistas determinan en sus consecuencias prácticas todo lo contrario de lo afirmado por los *señores burgueses crasos ó Cresos, en eso del saber*?...

¿Es que se intenta, por tan reprobados medios, auventar de nuestras filas á los augustos obreros de la inteligencia, tan explotados por la codicia capitalista, por lo menos, como los obreros manuales?... Porque de otra manera no se explican tan palpables como burdas inexactitudes...

«Todo producto es, indiscutiblemente, obra colectiva, y á la colectividad que lo produce, de hecho y de derecho corresponde.» Tal es en su pura esencia la buena doctrina socialista.

Ahora bien: de la anterior doctrina, ¿despréndese, ni por asomos, la exclusión injusta en la participación equitativa de los productos por una colectividad elaborados, del *ingeniero*, del *arquitecto*, del *físico*, del *director* de la fábrica ó del *literato*, *autor de un libro*? Ciertamente que no; pues sobradamente se colige que el ingeniero, el arquitecto, el químico, el director de la fábrica, de la mina ó de la manufactura, como el ingeniero agrónomo, el médico y el autor del libro, son factores indispensables en la generación y transformación de los productos en todas sus innumerables y variadísimas manifestaciones. Y si para crear y transformar son indispensables, claro está que, en justicia, tanto derecho tienen á su participación equitativa en los beneficios de la producción del trabajo colectivo como los obreros manuales; pues que si estos últimos pusieron al servicio y beneficio de la producción general los esfuerzos físicos de sus fornidos músculos, aquéllos, los obreros de la inteligencia, prestaronle la animidad y la inventiva de sus bien organizados cerebros con sus esfuerzos intelectuales.

Dicho lo precedente, huelga aportar aquí mayor suma de argumentación doctrinal para poner de manifiesto la mala fe conque los sabios burgueses obran cuando tratan de convertir en disolventes y trastornadoras quimeras nuestras doctrinas de redención y justicia.

Sépanlo los obreros intelectuales: el socialismo no les niega su concurso y participación decorosa en el fraternal banquete de la vida, porque no puede prescindir de

ellos. Ellos, los obreros intelectuales, los grandes sociólogos, los más humanitarios filósofos, han sido los amorosos engendrados del socialismo; y el socialismo no puede, de ninguna manera, negar la existencia á sus propios progenitores, porque esto, además de inicuo, resultaría suicida.

Los parásitos que el socialismo combate, no son los arquitectos, no son los ingenieros ni los médicos, porque esos seres honrados y útilmente laboriosos, no son tales parásitos; parásitos son los tiranos, son los explotadores, son los que tienen fanatizados á los pueblos en abyecta ignorancia en el *santo nombre* de un Dios todopoderoso, óptimo y omnisciente. El monarca, el general, el agiotista, el obispo y el explotador usurero, ¡he ahí los grandes parásitos que fervorosamente desea exterminar como clase el socialismo para bien de la humanidad productora!

La utilidad social de los obreros intelectuales, es indiscutible; ellos suponen y son el espíritu inteligente del trabajo manual; ellos vivifican con sus enervadoras flameaciones los campos de la producción; ellos, en fin redimen al hombre, acortando el dolor de sus fatigas en el trabajo cotidiano con los sorprendentes inventos engendrados amorosamente en los *coitos sublimes* de sus inteligencias redentoras...

Dignos por su aptitud indisputable para producir todo el bien social, nadie caería en el craso absurdo—y menos nosotros—de negar á los obreros intelectuales un puesto honrado en el gran banquete de la vida.

Vosotros, los egregios obreros de la inteligencia, digan lo que quieran los sofistas burgueses que pretenden haceros, con sus riquezas mal adquiridas, sus eternos mercenarios, estáis, por modo ineludible, obligados á proceder en pro de la propagación y triunfo del socialismo, porque también gemís opresos y sois, casi en todas las manifestaciones de la vida social, el ludibrio de los poderosos. Aunque de oro arrastráis cadenas, hay que romperlas con coraje y bravura.

Duchos y valerosos iconoclastas del error, los intelectuales, por el sólo hecho de serlo, están indeclinablemente obligados á formar en las avanzadas del progreso; á iluminar, con sus prédicas ardorosas, la inteligencia inferior de los proletarios esclavos para promover el golpe redentor; á ser, en fin, los heraldos gloriosos y consejeros de todo bien, progreso y libertad...

Todos los movimientos de redención han contado con el apoyo de los obreros intelectuales; en todos los grandes sacrificios humanos han tenido sus mártires excelsos; porque el noble *desiderátum* de los hombres de ilustración y conciencia verdaderas, fué siempre el mismo: odiar la tiranía y sacrificarse en bien de sus semejantes.

Cuando los obreros intelectuales abrazen resuelta y denodadamente la santa causa de la redención humana; cuando cooperen con su docto impulso al triunfo del socialismo, éste triunfará inmediatamente, ya que los obreros intelectuales tienen conciencia perfecta de que la humanidad entera vive sumergida en los tristes horrores de la ilusión, el error, la injusticia, la maldad y la farsa histórica...

DONATO LUBEN.



LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XII

El robo y la toma de posesión.

Leyenda que debe destruirse.—Romanticismo.—El derecho á vivir.—Medios ambiguos.—La sociedad está basada en el robo.—No hay nada absoluto.—La moral es individual.—La organización capitalista degrada al individuo.—La propaganda anarquista lo ensalza.—Adaptaciones sociales.—Medios burgueses.—El robo no es más que un cambio de propietario.—El ladrón es el sostenedor del juez y el polizonte.—Reivindicación.—Distinciones que deben hacerse.—Moralidad de los hechos.—No debemos contar más que con nuestro esfuerzo.—Teoría burguesa que falsea á la libertaria.—Medios envilecedores.—Los productos sociales.—Fraternidad consciente y sentimentalismo.—Libertad de elegir los medios para contribuir á la solidaridad.—Alteza de miras.

Esta cuestión ha sido mucho tiempo discutida por los anarquistas, y encaja aquí tan perfectamente, después del capítulo que precede, que no podemos resistir á la necesidad que sentimos de consagrarle algunas páginas, con tanto más motivo, cuanto más grande es la leyenda que, alrededor de esta cuestión, se ha formado.

Se habla tanto de los «buenos ladrones» que han robado para la propaganda, que muchas gentes se imaginan que todo ladrón está próximo á ser anarquista, ó viceversa; hasta los mismos anarquistas creen que la propaganda puede hacerse gracias á ese medio de procurarse dinero. Creencia, de otra parte, que excusa la falta de sacrificios por parte de los que tal se imaginan para contribuir á la difusión del ideal.

Son muchas las causas que han contribuido á desorientar á los individuos al juzgar esta cuestión.

Primero, el movimiento ruso había llegado á su apogeo cuando la anarquía empezó á formular sus primeras protestas, y este movimiento nos suministró, entre otros ejemplos, el de aquellos nihilistas que se apoderaban de las cajas del Estado para destinar su contenido íntegro á la propaganda terrorista.

Además, antes que todo esto existía ya la leyenda de aquellos bandidos que se apoderaban de las riquezas para entregarlas generosamente á los pobres, y, como es natural, la leyenda ha excitado siempre más ó menos nuestra imaginación.

Así, cuando Duval, influenciado tal vez por esta leyenda, intentó la toma de posesión en el hotel Lemaire, los anarquistas, casi en su mayoría, aplaudieron el malogrado intento. Yo fui de los primeros en aprobarlo, salvo una pequeña diferencia no obstante, pues hubiera preferido que la acción hubiese sido dirigida contra las cajas del Estado.

Duval era un convencido, y ninguna duda nos cabe de que, si triunfa, el producto de su robo hubiera sido destinado á la propaganda.

De otro lado, la anarquía reconoce á todo individuo el derecho á la vida desde e

momento que nace, pues si hay seres que sufren hambre, es á causa de la mala organización social, ya que en nuestro planeta hay todavía, por muchos siglos, espacio y medios de sobra para vivir y gozar los seres que en él nazcan; y todo individuo que, por deficiencias de la sociedad, se vea obligado á pasar hambre, tiene derecho á sublevarse contra lo establecido, y tomar el pan donde quiera que esté.

Como la anarquía se defiende por la acción individual, el robo tiene cierta justificación, y puede decirse que es un principio de expropiación general. En este sentido lo he defendido yo algunas veces.

*
* *

Una cosa, sin embargo, nos repugnaba á muchos de nosotros, y eran los medios innobles que era necesario emplear para el robo: la mentira perpetua para engañar á las gentes, y la constante duplicidad para inspirar confianza.

¿Pero es que en la sociedad actual, se nos puede decir, no es todo el mundo más ó menos ladrón? El que trabaja, ¿no roba al que no trabaja? El comerciante que merma el peso, y hasta el que se contenta con un módico beneficio, ¿no engaña al que compra? ¿Quién en la sociedad no ha robado algo cuando ha tenido ocasión? En el fondo de la organización social no hay más que robo: robo que la ley permite, y robo que ella prohíbe. Los que somos enemigos de la ley debemos ponernos del lado del robo «ilegal».

De hecho, esta exposición es verdadera, aunque la conclusión sea falsa.

Como la sociedad actual se funda sobre el robo, claro está que todas las transacciones para vivir tienen algo de latrocinio.

Pero el absoluto no existe sino en nuestros cerebros; de hecho, todo es relativo, y, con frecuencia, los contrastes no son más que una diferencia de proporción, relacionados por tonos intermediarios.

Las cosas nos parecen opuestas, porque las miramos por los extremos; si las seguimos detenidamente en la escala de todas sus progresiones, nos apercibimos de que aquello que nos parece más opuesto, no difiere más que de grados, no de naturaleza.

La necesidad que cada cual siente de trazarse una línea de conducta, arbitraria porque sólo se funda en la voluntad del individuo, es causa de que se acepte tal cosa y se deseche tal otra, sin que podamos colocar fuera de toda crítica las razones que nos hacen desechar ó aceptar.

Esta cuestión ha hecho consumir mucha tinta entre los anarquistas y gastar mucha saliva, sin que se haya dilucidado todavía.

*
* *

«¿Es que el hecho de sufrir las groserías del patrón ó de un capataz — nos dicen los partidarios del robo cuando les hacemos observar la astucia y duplicidad que necesitan—, el ir de puerta en puerta pidiendo trabajo, no degrada los caracteres tanto como mentir, preparar y efectuar un robo?»

Es cierto que, con frecuencia, el taller es un presidio en donde se trata á los obreros como esclavos, teniendo á cada momento que sufrir los gritos del amo ó de sus esbirros, y que, para conseguir una colocación, hay que pedirla en la misma forma que se mendiga. Que esto rebaja la dignidad, es innegable; pero nosotros no hemos dicho que se deben tolerar las brutalidades del amo y sus egoístas exigencias sin

protestar y sublevarse, ni menos que sea preciso doblar el espinazo y dejarse tratar como paria para conseguir una colocación.

Precisamente porque creemos que los trabajadores se rebajan demasiado, procuramos inspirarles el amor á su dignidad, inculcándoles los principios anarquistas que ennoblecen el carácter, y todo acto de protesta viril que demuestra que el obrero reconquista su personalidad, es por nosotros aplaudido.

Pero como el trabajo es la base de la vida, puesto que sólo por él los seres humanos pueden obtener lo que necesitan para satisfacer las necesidades de la existencia, no puede haber nada denigrante ni deprimente en el trabajo mismo; sólo por las condiciones que se opera ó se consigue se rebaja el individuo. La idea anarquista enseña, pues, á los obreros á no aceptar esas condiciones.

Generalmente, en el trabajo los obreros conservan su dignidad, imponiendo á los explotadores el respeto á su personalidad; no sucede lo mismo con el robo, ya que para llevarlo á cabo es preciso la hipocresía y la mentira.

«Pero el número de obreros sin trabajo aumenta sin cesar—se nos dice—; hallar trabajo y conservar la dignidad ante los explotadores es cada día más difícil, y el que no está dispuesto á humillarse servilmente, se condena á sí mismo á huelga perpetua, si no al suicidio, á la mendicidad ó al robo. ¿Qué debe elegir un obrero en tal situación?»

Esto saca la cuestión de su terreno sin resolverla. El dilema no es absoluto.

Mendigar, expropiar, trabajar, son adaptaciones á la sociedad actual, en la que el individuo elige el camino más conforme á su temperamento, según su energía ó la educación que ha recibido. El que quiere vivir y no está animado por otro ideal que el de acomodarse lo mejor posible al círculo en que se mueve, á menos de poseer un temperamento instintivo de rebeldía, se doblará á las exigencias del amo para asegurarse la comida. El mismo individuo, en un grado más de rebajamiento, se acostumbra á todas las humillaciones, y, menospreciando al que trabaja, le parecerá mucho más inteligente y práctico vivir de engaños y solicitudes.

El robo y la estafa emplea los mismos medios y mentiras para inspirar confianza al sujeto que ha de ser víctima. Sólo que en este caso el individuo se expone á correr algún peligro para obtener ventajas sirviéndose de sí mismo.

* * *

Vivir es el derecho de todos los seres. Satisfacer sus necesidades, desarrollar su individualidad, he ahí el objeto de toda existencia; y el modo de conseguirlo varía según las condiciones de cada uno, con lo que se engrandece y demuestra la moral individual.

Cada uno obra según cree y como puede. Si su modo de proceder está en contradicción con el orden de cosas establecido, es cuestión que debe dilucidarse entre él y los defensores del Código.

Pero cuando se pretende acomodar cierto modo de vivir á un orden de ideas determinado; cuando alguien quiere vestir con el manto de la propaganda actos realizados para la conservación de su propia persona, tenemos derecho á exponer nuestro parecer sobre el asunto.

Sabemos muy bien que la *idea*, la *propaganda*, no son más que abstracciones de nuestro cerebro; pero estas abstracciones designan un modo de pensar y de obrar, y,

cuando se pretende unir otros modos de pensar y de obrar, adquirimos el derecho á discutirlos.

El mismo espíritu de solidaridad me une al capitalista, que acapara los objetos que luego nos ha de vender al precio que le plazca, que al *asaltador* de habitaciones de pobres, ó *atracad*or de obreros los sábados, cuando van á su tugurio con unas cuantas pesetas, producto del jornal de la semana.

«Pero expropiar á un burgués—dicen los defensores del robo—, ¿no es tomar parte de lo que nos pertenece?»

Robar á un burgués es una frase sin significación real. Es evidente que expropiar á un capitalista es más provechoso que apoderarse de las pocas pesetas que pueden constituir la fortuna de un proletario; pero cuando se llega á practicar el robo, se roba lo que se puede; nunca lo que se quiere. Y si no es fácil establecer la diferencia que hay entre un burgués y otro que no es tal, sucede también que no se preocupan en inquirir la situación verdadera de aquel á quien quieren robar, si creen que el resultado vale la pena.

Además, no es esto lo que discutimos, sino la influencia que estos actos ejercen sobre el individuo que los emplea, que son, como hemos dicho, la mentira, la duplicidad y el engaño, medios todos necesarios para preparar el «negocio».

Y nosotros los anarquistas, que deseamos una sociedad basada sobre la confianza, la lealtad y la solidaridad, no consideramos en su verdadero terreno á los que viven del engaño y de la expoliación.

Sabemos que, para vivir en la sociedad actual, cometemos infinidad de mentiras, obligados por la organización viciosa de la sociedad en que vivimos. Los anarquistas, que quisieran en todos los actos de su vida obrar como tales, no podrían gozar ni un día de libertad.

*
* *

Aquí sólo tratamos de saber hasta qué punto un individuo puede hacer concesiones á la sociedad actual.

Todo ser humano, por el hecho mismo de vivir, tiene derecho á mantener su existencia por todos los medios posibles, hasta por el de sublevarse contra el estado social que le cohibe en el libre ejercicio de sus facultades; pero si la anarquía se limitara pura y simplemente á proclamar este derecho, sería indiferente ante los medios que los individuos eligieran para practicarlos. Mas como el ejercicio de este derecho debe practicarse en medio de otros individuos que tienen iguales derechos, se trata de discutir cómo el derecho á evolucionar puede ejercerse sin perjuicio de quienes nos rodean.

Nosotros nos sublevamos contra el derecho que ciertas gentes se abrogan para explotarnos, y contra los abusos de la fuerza, que nos impone un género de vida que repudiamos. No puede sernos, pues, indiferente saber cómo los individuos ejercerán el derecho á evolucionar para no caer nuevamente en la opresión. Porque, como el robo no es más que un cambio de propietario, podemos creer que esto sea un medio para que los parásitos puedan vivir sin trabajar, en detrimento de los que producen.

El abrogarse el derecho exclusivo sobre ciertas cosas en detrimento de sus semejantes fué el origen del robo, que luego, á través del tiempo, se ha desarrollado con el estado social.

Hay robos que los Códigos sancionan, y otros que son reprobados; pero la verdad es que el robo reina, de arriba á abajo, en toda la escala social, y que la sociedad no se mantiene más que por él.

El ladrón justifica la existencia del polizone, el guardia civil, el abogado, el juez y de todos los fabricantes de leyes. Si el ladrón no existiera, nuestra sociedad lo inventaría para justificar esos medios de represión. Debemos, pues, dejarla con sus medios.

(Traducción de Antonio López.)

JUAN GRAVE.

CIENCIA Y ARTE

CIENCIAS FÍSICO-NATURALES

Magnetismo.—Hipótesis de Ampere.—Acción recíproca de los imanes: sus leyes.—Diferentes procedimientos de imantación.—Brújula: su declinación, inclinación y aplicaciones.—Magnetismo terrestre.

Magnetismo.—Este y la electricidad no son más que manifestaciones de una misma energía. El magnetismo reside casi constantemente de una manera sensible en ciertos minerales que la naturaleza nos ofrece: estos minerales son esencialmente un óxido de hierro, cuya fórmula química es $FeO + Fe^2O^3$, y se llaman *imanes*, porque tienen la propiedad de atraer ostensiblemente ciertos metales, como el hierro, el níquel, el cobalto y el cromo. En realidad los imanes tienen la propiedad de atraer ó repeler todos los cuerpos, aunque no de una manera tan evidente como los llamados *magnéticos*.

Los imanes se clasifican en *naturales* y *artificiales*. Los primeros son los que nos ofrece la naturaleza en la forma de óxido ferroso férrico. Los artificiales son barras de acero de diversas formas, cuya propiedad se obtiene por frotamiento con los imanes naturales ó por inducción de una corriente eléctrica; esta propiedad la conservan indefinidamente. Los imanes artificiales suelen ser más poderosos que los naturales.

El poder atractivo de los imanes se ejerce al través de todos los cuerpos; decrece cuando la distancia aumenta, y varía con la temperatura. Coulomb hizo ver que la intensidad magnética de una barra disminuye á medida que crece la temperatura, y viceversa, pero hasta cierto límite, porque cuando un imán se somete á la temperatura del rojo, pierde por completo su influencia atractiva.

La fuerza atractiva de los imanes se denomina *fuerza magnética*. El estudio de las acciones recíprocas de las corrientes sobre los imanes y de éstos sobre aquéllas recibe el nombre de *electromagnetismo*. El espacio en que se manifiestan las fuerzas magnéticas se llama *campo magnético*.

Polos y línea neutra.—Todo imán es realmente un cuerpo en constante tensión eléctrica; por tanto, esta tensión es ostensible en los extremos del imán. Si una barra imantada se rodea de limaduras de hierro, se ve que éstas se adhieren abundantemente en las extremidades en forma de penachos, y que esta adhesión decrece evidentemente hacia el centro, donde ya la fuerza magnética es nula; esta parte céntrica del imán se denomina, por lo mismo, *línea neutra*, y las extremidades donde reside la tensión se llaman *polos*. Éstos se distinguen con el nombre particular de *austral* y *boreal*, por la tendencia de dirigirse hacia los polos terrestres, cuya acción sobre los imanes ó agujas magnéticas es constante.

Hipótesis sobre el magnetismo.—Muchos físicos han supuesto que el fluido magnético se compone de otros dos llamados *austral* y *boreal*, los cuales, combinados, forman el fluido neutro, y aislados por cualquiera causa se dirigen á los puntos opuestos de la barra imantada. Ampere sostiene que el magnetismo es el resultado de las corrientes eléctricas que circulan por las partículas de los cuerpos. Cuando dichas corrientes marchan paralelas á un mismo sentido, se atraen, y cuando van en sentido contrario, se repelen. De esta manera se explica este sabio las atracciones y repulsiones magnéticas, relacionando el magnetismo con la electricidad.

Acción recíproca de los imanes.—Aunque la identidad de los polos de un imán es evidente sobre las sustancias magnéticas, como se demuestra ante las limaduras de hierro, preténdese, sin embargo, la diferenciación de los dos polos por el hecho siguiente: si se suspende del centro una agujita imantada mediante un hilo delgado y se aproxima á su polo austral el polo austral de otra aguja imantada, se observará una viva repulsión; mas si, por el contrario, se acerca el polo austral al boreal de la aguja móvil, se manifiesta una fuerte atracción: de esto se deduce que los polos de una misma aguja no son idénticos, puesto que uno es repelido y el otro atraído por el mismo polo del imán, y como consecuencia inmediata se confirma la siguiente ley: *los polos del mismo nombre se repelen y los polos de nombre contrario se atraen*. Además, las atracciones y repulsiones están en razón inversa del cuadrado de la distancia.

El hecho es evidente, la teoría inadmisible. Si todo imán no es más que un cuerpo en tensión eléctrica, la tendencia de la masa magnética á nivel será la causa de las atracciones y repulsiones, así como de la dirección de las corrientes.

Diferentes procedimientos de imantación.—Para imantar agujas ó barras de acero se emplean tres procedimientos: 1.º, por la acción de los imanes; 2.º, por la acción de la tierra, y 3.º, por las corrientes eléctricas.

Cualquiera de estos tres procedimientos imanta una barra hasta cierto límite de saturación: si se traspasa ese límite, no tarda en descender la potencia magnética hasta quedar en su punto de saturación. La fuerza magnética de los imanes se mantiene por medio de piezas de hierro dulce sostenidas por los polos: estas piezas se denominan *armaduras*.

Imantación por los imanes.—Puede practicarse de diferentes maneras: la más sencilla consiste en friccionar repetidas veces en un mismo sentido con el polo de un fuerte imán la barra que se desea magnetizar. El inglés Knight se servía de dos poderosos imanes, cuyos polos opuestos hacía resbalar repetidamente sobre la barra imantable desde el centro á los extremos. Mitchell, por último, colocaba los dos polos opuestos

de dos fuertes imanes en el centro de la barra, pero separados á cierta distancia mediante una piececita de madera; luego los hacía deslizar en esa disposición, primero desde el centro á uno de los extremos, y después al otro, cuidando de que el número de fricciones fuese igual en cada extremo.

Imantación por la tierra.—Como la acción de nuestro planeta sobre las substancias magnéticas es análoga á la de los imanes, una barra de acero, dispuesta en condiciones á propósito, puede llegar á imantarse. Sólo por la prolongada influencia del magnetismo terrestre puede explicarse la formación de los imanes naturales, así como la imantación que se observa en algunos instrumentos antiguos de acero ó hierro oxidado, porque el hierro dulce no tiene fuerza coercitiva, y, por tanto, pierde la fuerza magnética tan pronto como cesa la corriente ó la causa que la produce.

Imantación por las corrientes eléctricas.—Si se hace pasar una corriente eléctrica alrededor de una barra de acero por medio de un conductor que se arrolla sobre ella en espiral, la barra quedará imantada por influencia.

Brújula: su declinación, inclinación y aplicaciones.—Cuando se suspende de un hilo una aguja imantada ó se apoya sobre un eje, á cuyo alrededor puede girar fácilmente, se observa que en lugar de pararse la aguja en una posición cualquiera, se detiene al fin en una dirección que suele ser más ó menos la de Norte á Sur. Debemos advertir que la acción de los polos terrestres sobre los de los imanes es directriz y no atractiva, según parece deducirse de las experiencias.

Después de varias observaciones hechas en diferentes puntos del globo, se ha convenido en que la tierra representa un inmenso imán, cuyos polos se hallan próximos á los terrestres y cuya línea neutra coincide sensiblemente con el Ecuador. En este supuesto, se llama *fluido boreal* el que predomina en el polo Norte, y *austral* el del Sur: actuando, por consiguiente, la tierra sobre las agujas magnéticas como un imán se repelen los polos del mismo nombre y se atraen los de nombre contrario: cuando se fija una aguja imantada en la dirección de Norte á Sur, el polo que mira al Norte contiene un fluido austral, y el que mira al Sur el boreal, por cuya razón el primero se llama *austral* y el segundo *boreal*.

El *meridiano astronómico* de un lugar es el plano que pasa por él y por los dos polos de la tierra; por análoga razón, *meridiano magnético de un lugar* es el plano vertical que pasa en él por los dos polos de una aguja imantada móvil en equilibrio sobre un eje vertical. Como generalmente el meridiano magnético no coincide con el astronómico, se llama *declinación de la aguja imantada* en cada lugar el ángulo comprendido entre los dos meridianos. La declinación es *oriental* ú *occidental*, según que el polo austral de la aguja se dirija al Este ó al Oeste del meridiano astronómico.

La *brújula* es un aparato que sirve para medir la declinación magnética en un lugar una vez conocido su meridiano magnético. Consta este aparatito de una caja circular de cobre con un círculo graduado en el fondo y en el centro un eje, sobre el cual descansa una aguja imantada muy ligera y en forma de rombo prolongado, de manera que puede girar libremente. El aparato se halla montado de modo que pueda conservar la horizontalidad.

La declinación de la aguja magnética varía según los lugares: es occidental en Europa y Africa, y oriental en Asia y ambas Américas. Además, ofrece variaciones que dependen del tiempo, y son seculares, anuales ó diurnas, en cuyo caso se llaman *regulares*, ó dependen de otras circunstancias, como de las auroras polares, de los acci-

dentes orogénicos ó de las tempestades bruscas, en cuyo caso se llaman *irregulares*.

Inclinación de la aguja magnética.—Además del movimiento de declinación, tiene la aguja magnética otro movimiento llamado de *inclinación*, que hace perder su horizontalidad. Si se dispone la aguja de modo que pueda moverse libremente en un plano vertical alrededor de un eje horizontal, se observa que, aunque el centro de gravedad de la aguja coincida exactamente con el eje de suspensión, su polo austral se inclina siempre en nuestro hemisferio hacia el boreal de la tierra, y en el hemisferio opuesto el polo boreal de la aguja se inclina hacia el austral del globo. Cuando el plano vertical en que se mueve la aguja coincide con el meridiano magnético, se llama *inclinación* el ángulo que la aguja forma con el horizonte.

La inclinación varía lo mismo que la declinación, según los lugares. Obsérvese que en algunos puntos próximos á los polos, la inclinación llega á 90 grados; pero desciende sensiblemente á medida que se llega al Ecuador, donde en ciertos puntos es nula, conservando, por consiguiente, la aguja su horizontalidad. Llámase *ecuador magnético* la curva que pasa por todos los puntos donde es nula la inclinación, y *polos magnéticos* los puntos en que la inclinación forma un ángulo de 90 grados. La brújula de inclinación difiere de la anterior en que el plano graduado es vertical y la aguja se mueve sobre un eje horizontal.

La brújula es un aparato de suma utilidad por sus numerosas aplicaciones á la Agrimensura, á la Astronomía y á la Náutica: en todos estos casos es un sistema poderoso de orientación. Las variaciones de la brújula no siempre son exactas, por las perturbaciones accidentales; pero en la mayoría de los casos responde con relativa exactitud, y doblemente si se tienen en cuenta las correcciones que se hacen en cada período de tres años, á fin de conocer en cada punto del globo la verdadera declinación.

Magnetismo terrestre.—Hemos dicho que nuestro globo se considera como un inmenso imán, cuyos polos magnéticos casi coinciden con los terrestres. Según Ampere, las corrientes eléctricas se desarrollan alrededor de la tierra de Este á Oeste, perpendicularmente al meridiano magnético, que coincide casi con el Ecuador. Dicese que estas corrientes equivalen á una resultante única procedente de las acciones térmicas del sol en los diferentes puntos del globo. Si se examina detenidamente esta cuestión, no podremos menos de tener en cuenta que el movimiento de rotación terrestre llega á traducirse en una constante corriente eléctrica, cuya tensión se manifiesta en los polos magnéticos, de la misma manera que el selenoide ó anillo fundamental de una máquina dinamo eléctrica transforma el movimiento en electricidad. Los polos magnéticos de la tierra se denominan *boreal* el que corresponde al Norte, y *austral* el del Sur.

FRANCISCO SALAZAR.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Vale la pena de vivir un año en la mayor indigencia artística cuando se puede al fin regalar el espíritu con un espectáculo de tan poderosa belleza como la Exposición de pinturas de Goya. Cuando no hemos olvidado todavía la impresión honda y seve-

ra que nos produjo la reunión de las obras de Velázquez, es ya un exceso de dicha poder regocijarse interiormente con esta nueva ostentación de un arte heroico.

Somos en extremo impresionables: no hay más que visitar la Exposición y escuchar un poco para convencerse de ello. Agobiados bajo la impresión de tanta obra maestra, expresan muchos su fatiga rindiéndose por completo á la admiración ilimitada. —Goya me gusta más que Velázquez— exclaman. Luego hablaré de algunos que realmente sienten lo que dicen; ahora me refiero á los entusiastas irreflexivos.

Creo que se haría un gran bien procurando educar al público, para que supiese cómo han de visitarse esta clase de exposiciones. Generalmente se va á buscar una impresión artística. Sin duda, lo mejor que puede darnos Goya es la emoción de su obra. Hay en toda manifestación del arte algo hondo que ennoblece y levanta nuestro espíritu, algo que nos hace gozar haciéndonos más puros y reconciliándonos con el alma de las cosas.

Al lado de esto el conocimiento es vanidad de vanidades. No sirve para sorprender á los otros con el relampagueo de nuestra sabiduría, nos presta alguna utilidad para distinguir lo verdadero de lo falso, nos da materia de conversación y contribuye á formar en el artista el obligado conjunto de condiciones técnicas. El erudito, el crítico y el aprendiz, después de gozar la inefable impresión humana que el arte produce, vense en la obligación de analizar para conocer.

Pero al público debe importarle bien poco el conocimiento, como no sea para substituir la deficiencia de un espíritu incapaz de emocionarse ante la obra artística.

Por esto he creído siempre que, entrar en un Museo ó Exposición de pinturas con un catálogo en la mano, contemplar una por una todas las obras, apreciar el mérito de todas y detenerse especialmente delante de las más celebradas, equivale á malograr por completo el placer inmenso que nos podíamos proporcionar. A los pocos momentos sentimos el *cansancio de obra maestra*, cegamos el fondo emotivo de nuestro espíritu, y acabamos por *enterarnos* sin impresión alguna, entregándonos á los más ridículos y ficticios entusiasmos para ocultar nuestra impotencia.

Otros hay que visitan los Museos con una gran desconfianza de sí mismos. No creen en su propio sentimiento artístico, y, para evitarse lo que llaman un *papel ridículo*, ocultan cuidadosamente sus entusiasmos y fingen emocionarse delante de las obras que un erudito ó inteligente les ha indicado como joyas inestimables. Estos entusiasmos con receta representan una hipocresía impuesta por la vanidad humana; deberíamos acostumbrarnos á querer ser lo que somos, aunque seamos ridículos.

La emoción verdadera es incompatible con el cansancio, y sería conveniente tenerlo muy en cuenta al asistir á estos espectáculos. Es preferible visitar cuatro ó cinco veces la Exposición, á verla toda de una vez, porque así, lo que un día no nos llama la atención, nos sorprende y entusiasma cuando lo contemplamos de nuevo.

Lo mejor es entrar en un Museo y abandonarse á la impresión sincera que el primer golpe de vista nos produce. Entre las numerosas obras expuestas se destacan algunas que nos atraen, y nuestra alma recibe plácidamente la emoción fresca y viva que nos levanta y ennoblece. Las obras así sentidas no se borran jamás de nuestra mente, se hacen carne de nuestra carne. Se vuelve otro día y otro, si es menester, y en cada nueva visita descubrimos tesoros ignorados, hasta que ha llegado á nuestra alma todo lo que hay allí capaz de hacernos sentir sinceramente.

*
* *

La comparación de Goya con Velázquez me servirá para decir en pocas palabras el efecto que el primero me ha producido.

A mi entender, Velázquez reúne en sus obras todas las condiciones necesarias para formar un gran pintor, con la ventaja de que las reúne armónicamente sin gran predominio de unas sobre otras. Así, en el dibujo como en el color, el gran maestro llegó a la heroicidad. La línea dura, resuelta, trazada con feroz decisión, es plástico reflejo del alma castellana. El color sobrio, severo, de obscuridades tenebrosas, de palideces mates, da idea de una gama ideal, expresión cromática de ese pueblo de hidalgos y mendigos que hizo estremecer el mundo con la epopeya de su ferocidad y de su hambre.

Añadid á eso el perfecto olvido de la naturaleza, la altivez enfermiza de los retratos, el gesto rígido de las figuras, la visión sombría del realismo miserable y casi repugnante, el instintivo horror al desnudo humano con el desprecio cristiano de las formas mórbidas y turgentes del paganismo, y tendréis el alma lineal y resuelta, que anima con un solo soplo vigoroso de vida aquellos rasgos y colores.

Velázquez es simplemente heroico. Todos los elementos de su obra se compenetran y funden entre sí sin el menor desequilibrio; es el hombre de su raza. Se le acusa de ignorante, porque sus cuadros no dicen lo que no han debido decir. Los que no comprenden la pintura por sí misma encuentran á faltar en su obra el elemento literario, la expresión complicada, el argumento consolador, que permite al hombre negado para la emoción artística, ver en el cuadro alguna cosa. Y no ven que en las obras de Velázquez no falta la espiritualidad; lo que hay es que el espíritu está fundido en la carne.

En el alma de Goya la consciencia ha introducido el desequilibrio; el espíritu se ha diferenciado. Me figuro la genialidad de Goya como una masa sólida roída y torturada por un elemento intelectual. No le basta con que se destaque la *intención*; necesita aguzarla, atormentarla, prestarle sordideces tenebrosas, hacerla sanguinaria, infame y torpemente canallesca.

Este prognatismo intelectual será sin duda lo que más entusiasme á muchos modernistas; para mí es el lado flaco de Goya. El naturalismo del Cristo de Velázquez, de los niños piojosos de Murillo, del Prometeo destripado de Ribera, se exalta en el pintor de la corte de Carlos IV, se hace consciente y nos da el feroz Saturno comiéndose asquerosamente á sus hijos, las pesadillas epilépticas con sabbats de brujas repugnantes, las visiones sanguinarias de fusilamientos y puñales y espadas que se sumergen en la carne, las fealdades horribles, los gestos canallescos, las vijas asquerosas, todo ello pintado con cierta perversidad de alma sórdidamente intranquila.

Esta tortura que desencaja el dibujo da una fogosa variedad al color. Además de las tentativas aisladas en que el artista imita más ó menos directamente á los maestros clásicos, entre otras, recuerdo una niña pintada con las tonalidades de Murillo, un cuadro de asunto religioso existente en el Museo ejecutado con la evidente preocupación de las Sagradas Familias de Rafael y numerosos retratos en que se recuerda á Velázquez, podrían formarse tres ó cuatro grupos distintos que no parecen enlazarse entre sí por una ley lógica de evolución segura, sino por la inconsistencia real de un alma heroica perturbada por la conciencia de su heroísmo.

* * *

Los cartones pintados para los tapices del Pardo recuerdan por su colorido y por el ambiente de costumbres populares que evocan los magníficos tapices de David Tenius que Goya había visto en los salones reales. Pero Tenius lo veía todo algo grisiento, pesado, grotescamente divertido, con mucha cerveza y frotamiento de carnes, y Goya puso en sus tapices un gran donaire en los gestos, una exquisita esbeltez en los talles, una viveza centelleante en los ojos de sus mujeres y fresquíssimos arreboles en las mejillas.

Contrastan con éstos los cuadros de colores apagados, tímidos, sin claro obscuro, que parecen recordar el gusto de la época. El niño del carnero, la mujer tísica, y tantos otros que sería en vano citar, revelan una personalidad no acusada, valiente en el dibujo, cobarde en el color. Muchos otros pintores de la época coinciden en esto con Goya, como si trataran de imitar la insulsa tendencia de esos tapices franceses de colores grises, fiel expresión de la anodina corte de Luis XV.

El pintor cortesano es más interesante de lo que se ha querido decir. Se habla de exigencias que el artista tenía que acatar, de actitudes impuestas, de colores preferidos. Creo que en estos casos nadie es capaz de desorientar al hombre de genio. Goya pintó roja la corte, porque la veía roja. Lo que sí pudo influir grandemente en el alma del artista, fué el ambiente total, aquella preocupación continua de la Revolución francesa, que, antes de llegar al pueblo español, llenó de terrores el palacio de sus reyes.

El carácter débil y vulgarote de Carlos IV, el sensualismo grosero de Godoy, la estúpida perversidad de Fernando VII, requerían aquella gama vulgar de colores vivos. Allí, el único personaje interesante, el que se repite a cada paso como tema obsedante, presidiéndolo todo, domiéndolo todo, es la figura tiránica de la reina, con su tiesura de amazona, sus gestos hombrunos y sus ojos relampagueantes y tenaces. La imagen ecuestre de la reina montada enérgicamente como un hombre en su caballo vale la pena de llamarse Goya para pintarla.

Y ahora demos un salto inverosímil para llegar a los cuadros del Museo regalados por el barón de Erlanger. Aquellos blancos sucios, aquellos azules casi completamente negros, son reflejo de una miseria social que aterroriza. Todas las hambres de todos los mendigos se han hecho color. Las bajezas de la última noche de una raza se convierten en fiestas populares con asquerosas tonalidades de estercolero. Riñas feroces, reuniones de brujas, procesiones inexplicables, rostros y gestos descompuestos surgen borrosos de un fondo suciamente sombrío.

Decía que no hay evolución lógica entre estos grupos distintos de sus obras. Goya escogía sus colores para cada objeto. He aquí una aberración que ha merecido muchas alabanzas. A mi entender, el artista no es libre de escoger sus colores, porque los lleva dentro y ha de pintar con aquéllos y no con otros. Cuando podía pintar cada asunto valiéndose de una gama distinta, es porque su alma divagaba. Al presentárnoslo como colorista eminente, se ha hecho un mérito de su defecto esencial. Aunque bien mirado, lo mismo ha sucedido con todos los coloristas, cuyo carácter distintivo es la carencia de una intuición robusta y firme de color.

Sin embargo de lo que llevo dicho, he de afirmar que algunas veces el genio de Goya se impuso a su habilidad y llegó al heroísmo de Velázquez. *Las majas al balcón* son una obra perfecta, ejecutada por un pintor de raza. El dibujo, el color y el alma de las figuras se compenetran y funden. Toda la tradición española con la energía

de la línea, con sus tonos sombríos, está allí; la inmovilidad de las figuras de Velázquez, los amarillos de oro viejo del Greco, los claro oscuros de Ribera han sido hermosamente divinizados por Goya en esa última página de un arte inmortal.

*
* *

Quería hablar de otras cosas. Me proponía velar con una ligera censura las alabanzas que los organizadores de la Exposición han merecido. Podían haber dispuesto las obras en un orden cíclico, con lo cual el público hubiese visto los diversos momentos de formación y decadencia del artista. Quería fijarme en el estudio antropológico de las figuras de Goya comparadas con las de Velázquez, pues al ver el acentuado prognatismo de muchos rostros aplastados del primero, con las narices chatas, los ojos inclinados, los pómulos salientes y las bocas fuertemente armadas y desmesuradamente grandes, cualquiera diría que el centro de España ha sido invadido últimamente por alguna raza turaní, ó que, por un extraño fenómeno sociológico, han reaparecido en la superficie nacional tipos de razas protohistóricas relegadas hasta ahora en las más profundas capas de la población por la virilidad de las razas superiores. Quería protestar contra el mérito exagerado que se ha visto en la maja desnuda, etc., etc.

Pero quiero dedicar dos palabras á la Exposición que Leal da Cámara presenta en una tienda de la Carrera de San Jerónimo. No le ha sido posible, por falta de espacio, ofrecer al juicio del público todas las obras que se proponía. Tiene allí un hombre dormido en el café y el retrato de Valle Inclán, que son los estudios que más me gustan; un cuadro representando el palco de una familia extravagante, un cochero leyendo el diario de la noche, una vieja que barre algo, una gitana en extremo asquerosa y fea, una caricatura muy bien vista de Benavente, una *sátira* despampanante de Ruiz y Contreras, un retrato caricaturesco de Bargiela y los rostros mortalmente heridos de Echegaray, Sandra, y no sé si algún otro.

No es por cierto ninguna confidencia decir que á Leal da Cámara le gusta más Goya que Velázquez. Cualquiera que vea sus obras lo comprende. Leal hace de su lápiz lo que quiere; pero tiene una intuición muy débil del color; por encima de todo pone la inteligencia, porque dice que en nuestro tiempo el arte ha de ser crítico; y en fuerza de criticar y agredir sólo ve lo feo y repugnante.

Ya me parece que le veo protestando contra semejante afirmación. Esto es falso é imbécil—exclamará gritando—porque no usa términos medios. Dice que también ve lo hermoso, que cuando quiere imprime una gran gentileza á sus figuras. No lo niego, pero sí he de decir que nunca le he visto juntar estas cosas. No es que no sepa hacerlas, es que sin duda no deben interesarle gran cosa. Y á la verdad, si es cierto que todos vemos lo que llevamos dentro, lo que es Leal da Cámara debe tener un alma sumamente enrevesada y *detraquée*.

Digo que no me gusta su tendencia: lo que no puede negársele es su temperamento artístico. Reconozco sus cualidades y le quiero á pesar de la ira indo-africana que suscitará en su espíritu mi juicio. Porque Leal da Cámara es un enemigo terrible; con su lápiz enristre pincha, hiere y asesina. ¡Ay de mi rostro si el recuerdo de mi sinceridad no aplaca su cólera!

PEDRO COROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

V

No había ninguna razón para diferir nuestro matrimonio, y ni él ni yo teníamos deseos de esperar. Katia hubiera querido seguramente ir á Moscou para encargarse de la canastilla de boda, y la madre de mi futuro insistía en que comprase un coche nuevo y renovase el mobiliario y los tapices de su casa. Pero nosotros estábamos de acuerdo en pedir que se nos casase por el pronto, y que se aplazasen para después todas esas cosas, si se creían precisas. Teníamos empeño en que el matrimonio se celebrase allí á dos semanas, sin ruido, sin canastilla, sin cena de boda, sin campo, ni ninguno de los demás accesorios convencionales que acompañan siempre á un desposorio.

El me confió que para su madre era un desencanto que nuestra unión se celebrase sin música, sin que se transformase la casa desde el sótano al desván, y sin ver acumularse montañas de ropa en las filas de baules nuevos, como sucedió cuando su matrimonio, que había costado más de treinta mil rublos. Así que, sin saberlo su hijo, la buena señora pasaba revista á sus armarios y celebraba consejo con su ama de llaves, Mariuchka, á propósito de los tapices, de las colgaduras y de las bandejas, que, no sé por qué, le parecían indispensables para nuestra felicidad.

Katia hacía otro tanto con Kuzminichna. Á Katia no le hacía gracia que yo me permitiese bromas sobre el particular. Estaba firmemente convencida de que Serguei Mikhailovich y yo, al hablar de nuestro porvenir, decíamos una porción de niñerías propias de novios; pero que nuestra felicidad futura dependía en rigor de la manera como estuviesen hechas las camisas y dobladilladas las servilletas.

Entre Prokrovskoe, nuestra propiedad, y Nikolskoe, la de mi futuro, se estableció un cambio diario de comunicaciones con motivo de lo que en una y otra casa se preparaba. Y aun cuando las relaciones entre Katia y la madre de Serguei Mikhailovich tuviesen el carácter más afectuoso, se insinuaba ya en sus tratos cierta fina diplomacia que dejaba traslucir su puntita de rivalidad.

Tatiana Semionovna, la madre de Serguei Mikhailovich, con quien intímé entonces, era un ama de casa muy severa, muy altiva, toda una gran señora del siglo pasado.

Serguei Mikhailovich quería á su madre, no sólo como un buen hijo, sino como un hombre que veía en ella la mujer más inteligente, más amante y mejor del mundo.

Ella se mostraba siempre buena para nosotros, y sobre todo para mí; estaba evidentemente contenta de ver á su hijo casarse. Sin embargo, cuando fui á su casa como prometida de Serguei Mikhailovich, me pareció interesada en hacerme comprender que su hijo hubiese podido encontrar un partido mejor, y que yo haría bien en no olvidarlo nunca.

Yo la comprendía perfectamente, y era en todo de su opinión.

Durante las dos semanas que precedieron al matrimonio, vi á mi futuro diariamente. Llegaba á la hora de la comida y se estaba hasta media noche. Pero, por más que

declarase que no podía vivir sin mí—y bien veía yo que decía la verdad—, no pasó el día entero á mi lado una sola vez, y todo el tiempo de nuestras relaciones sé esforzó en consagrarse á sus asuntos.

Nuestras relaciones siguieron siendo exteriormente lo que antes; nos llamábamos de usted; no me besaba siquiera la mano, y no sólo no buscaba la ocasión de quedarse á solas conmigo, sino que la rehulía, como si temiera abandonarse al cariño demasiado intenso que me profesaba, y tratase de evitar la explosión.

Ignoro quién de nosotros había cambiado; pero yo me sentía completamente su igual. No encontraba ya en él aquella afectación de sencillez que me desagradaba, y descubría á menudo, que tenía delante de mí un verdadero niño, loco de alegría y lleno de humildad, en vez de aquel hombre que me inspiraba temor y me imponía respeto.

Me parecía ahora que conocía su alma entera, y encontraba muy de mi gusto cuanto sabía de él. Hasta los planes que formaba para nuestra vida futura eran los míos, con la sola diferencia de que él los exponía mucho más claramente y mejor que yo.

Hacia mal tiempo, y pasábamos la mayor parte del día en la casa. Nuestras conversaciones más dulces é íntimas las tuvimos en el ángulo de la sala comprendido entre el piano y la ventana.

La luz de las bujías se reflejaba en los vidrios oscurecidos sobre los cuales rebotaban sonoramente gotas de lluvia que caían del tejado; el agua salía con violencia de las canales, y esa humedad de fuera realzaba la alegría, el calor y la luz del rincóncito de la sala en que nos refugiábamos.

—¿Sabe usted que hace tiempo tengo algo que decirle?—exclamó una noche que se había prolongado nuestra conversación hasta más tarde que de costumbre al la lo del piano. He estado pensando en ello todo el tiempo que tocaba usted.

—¡No me lo diga! ¡Lo he adivinado todo!—repliqué.

—Sí, tiene usted razón, no hablemos más.

—No, no, dígamelo usted... ¿De qué se trata?—repuse mudando de parecer.

—Verá usted lo que es. ¿Se acuerda usted de la historia del Sr. A... y de la señorita N.

—Me acordaré siempre de esa necia historia... es una suerte que haya terminado tan bien.

—Sí, un poco más, y yo mismo hubiese destruido mi ventura. Usted me ha salvado. Pero lo importante es que yo mentí entonces, y me avergüenzo; por eso quiero explicarme ahora...

—Le suplico á usted que no añada una palabra...

—¿Qué teme usted?—dijo sonriendo.—No trato más que de justificarme. Cuando le hablé á usted quise razonar.

—¿A qué razonar?—respondí. No hay que razonar nunca los sentimientos.

—Sí, yo he razonado mal. Después de todos los desengaños y de todas las faltas de mi vida, cuando volví á mi casa aquella vez, formé la resolución de no volver á amar, pensando que ya no me quedaba otra cosa sino acabar mi vida honradamente. Mi resolución era tan firme, que durante mucho tiempo no me di cuenta del sentimiento que me atraía hacia usted, y no preví hasta dónde me llevaría... Esperaba sin atreverme á esperar—añadió después de una pausa.—Tan pronto me parecía que usted coqueteaba, como creía en su amor, y no sabía qué hacer. Pero después de aquella no-

che... ¿Se acuerda usted...? Aquella noche en que nos paseamos por el jardín, tuve miedo... mi ventura me pareció demasiado grande para ser verdadera... Y en efecto; ¿que hubiera sido de mí, si llegando á esperar, hubiesen resultado vanas mis esperanzas? El mal es que no pense más que en mí, porque soy un egoísta indigno.

Calló y me miró.

—Con todo, yo no andaba completamente desacertado—prosiguió.—Tenía perfecto derecho á temer un fracaso. ¿Qué puedo darle á usted á cambio de lo que le debo? ¡Tan poca cosa! ¡Usted es todavía una niña, un capullo que aguarda el momento de abrir! Usted a.n.a por primera vez, y yo...

—¡Oh! Diga usted toda la verdad...

Pero en seguida temí la respuesta que hubiera podido darme, y exclamé:

—No, no; no me diga usted nada.

—¿Usted quiere saber si he amado ya?—dijo penetrando mi pensamiento.—Puedo responder á usted... No, no he amado nunca; no he sentido jamás un afecto como el que experimento por usted.

Pero de improviso pareció asaltarle un recuerdo penoso, y añadió tristemente:

—No, y por eso me hace falta el corazón de usted para darme el derecho de amarla. Ya ve que tenía el deber de reflexionar mucho, antes de decirle que la amo. ¿Qué le ofrezco yo á usted en cambio de su vida? ¡El amor! Eso es todo.

—¿Y es poco?—pregunté levantando los ojos para encontrar su mirada.

—Poco, amiga mía; para usted es poco—continuó.—¡Usted posee belleza y juventud!... Mi felicidad es tal que frecuentemente no duermo noches enteras pensando en nuestra vida futura. He vivido mucho, y creía haber encontrado al fin lo que necesitaba para ser dichoso: una vida tranquila y retirada en nuestro rincón del campo con la posibilidad de hacer bien á los campesinos, cosa bien fácil á que no están acostumbrados, y que será para mí un trabajo útil—; además, por distracciones, la naturaleza, los libros, la música, el amor del prójimo... tal era mi sueño de ventura, y no concebía nada más allá... Y he aquí que sobre eso encuentro una amiga como usted, y acaso la familia y todo lo que pueda desear un hombre.

—¿Por qué no?

—Eso es muy bueno para mí que he pasado de la juventud; pero no para usted... Usted no conoce aún la vida, usted sentirá quizá deseos de buscar la felicidad en otra parte, y quizá acabará por encontrarla... En este momento le parece á usted que posee la felicidad entera, porque me ama...

—No, no, yo he soñado siempre una vida tranquila, una vida de familia, exclamé. Eso es lo que me gusta... Ya ve usted que soñamos lo mismo.

—Le parece á usted que es así, amiga mía, pero es poco para usted. Usted posee la belleza y la juventud—repitió pensativo.

Me hirió el que no me creyese y el que pareciera echarme en cara mi juventud y mi belleza.

—¿Por qué me ama usted?—le pregunté con acento de enojo. ¿Por mi juventud ó por mí misma?

—No sé por qué amó á usted; lo que sé es que la amo—respondió fijando en mí su mirada profunda, que llamaba irresistiblemente la mía.

Guardé silencio; mis ojos permanecían clavados, á mi pesar, en sus pupilas.

Experimenté de repente una extraña sensación; empezó por borrarse de mi vista todo lo que me rodeaba; después se desvaneció la cara de Serguei Mikhaïlovich, y no

vi ya más que sus ojos que brillaban delante de los míos; en fin, me pareció que sus ojos penetraban dentro de mí misma; entonces ya no vi ninguna cosa, y tuve que bajar los párpados para arrancarme al sentimiento de éxtasis y de temor que excitaba en mí la fascinación de aquella mirada.

La víspera del día señalado para el matrimonio se despejó el cielo por la noche. A las lluvias, que no habían dejado de caer desde el fin del verano, sucedió la primera noche de otoño, clara y fría. Todo estaba impregnado de una frescura húmeda, y por primera vez se veía en los paseos ya aclarados del jardín las alfombras matizadas del otoño que temblaban aún alrededor de los árboles en parte desnudos. El cielo aparecía límpido, con un azul pálido de fríos reflejos.

Me dormí muy contenta, pensando que amanecería despejado el día de mi boda.

Me desperté con el sol, y la idea de que era ya *ese día* me llenó de temor y de asombro; me apresuré á bajar al jardín. El sol, bajo aún, formaba portillos luminosos entre las ramas amarillas y despojadas de los tilos. Las calles estaban cubiertas de hojas rumorosas. Los frutos de los serbales ostentaban su color rojo, un poco sombrío en medio de los restos de follaje abarquillado y mustio por la helada; las dalias, marchitas, se habían vuelto enteramente negras.

El invierno había sembrado por primera vez su polvo de plata sobre el césped amarillento y sobre los cuadros que se extendían delante de la casa. El cielo estaba demasiado frío para no ser claro y puro.

«¿Es posible sea hoy?—pregunté; y me costaba trabajo creer en mi felicidad.—¿Es posible que esta noche no me despierte ya en mi cuartito, sino en Nikolskoe, en aquel caserón de columnas, en aquella casa extraña? ¿No lo esperaré más aquí para retenerlo, hablándole toda la noche de Katia y de Sonia? ¿No estaré más con él en nuestro rincón favorito de la sala, cerca del piano? ¿No volveré ya á acompañarlo ni me quedará intranquila por él al volverse solo á su casa en medio de la obscuridad de la noche?»

Me acordé entonces de que me había dicho la víspera que iba por última vez, y de que Katia, al probarme el vestido de boda, me dijo: «es para mañana», y por un instante me cercioré de que estaba tan cerca el acontecimiento, pero en seguida empecé á dudar nuevamente.

«¡Cómo! ¿Desde hoy viviré allá con mi suegra, sin Katia y sin las demás gentes familiares para mí? ¿No besaré ya todas las noches antes de acostarme á mi buena *nanita*, ni le oiré decir, como de costumbre, después de hacer la señal de la cruz: «Buenas noches, señorita?» ¿No daré ya lecciones á Sonia, no jugaré más con ella, no me entretendré más en dar golpecitos sobre el muro que separa nuestros cuartos, ni volveré á oír su risa sonora? ¿De modo que hoy me convierto en una extraña para mí misma? ¿Va á abrirse ante mí una nueva vida, que debe realizar todos mis sueños y todas mis esperanzas? ¿Y esa vida nueva es realmente para siempre?»

Esperaba con impaciencia la llegada de Serguei Mikhailovich; encontraba demasiado pesados mis pensamientos para llevarlos yo sola.

Vino temprano, y sólo en su presencia me cercioré totalmente de que aquel día sería su mujer, y dejó de asustarme esa idea.

Antes de comer nos fuimos todos á nuestra capilla para oír una misa por el reposo del alma de mi padre.

«¡Ah! ¡Si viviese aún!» pensé cuando volvíamos á la casa, y me apoyé sin decir una palabra en el brazo de mi prometido, que había sido el mejor amigo de mi padre.

Durante el servicio, cuando estando arrodillada toqué con la frente las losas frías de la capilla, me representé tan al vivo á mi padre, que me pareció que su alma estaba presente entre nosotros y que me bendecía.

Todos esos recuerdos, esas esperanzas, esa alegría y esa tristeza, se fundieron en un sentimiento solemne y lleno de encanto, que estaba en armonía con aquel aire tan fresco y tan en calma, con aquellos campos desnudos y aquel pálido cielo, de donde caían rayos brillantes, pero impotentes, que en vano procuraban quemar mis mejillas.

Me parecía que aquel á quien daba el brazo me comprendía y participaba de mi sentimiento. El marchaba en silencio lentamente, y en su semblante, que miraba yo á hurtadillas de vez en cuando, encontraba esa mezcla de tristeza y alegría que había en la naturaleza y en mi corazón.

De pronto se volvió y vi que quería hablar.

«Con tal que no haga alusiones á lo que llena mi corazón en este momento» pensé con espanto.

Me habló de mi padre sin nombrarlo siquiera. Me acuerdo en particular de estas palabras:

—Un día me dijo: «¡Cásate con mi Mariquita!»

—¡Qué feliz sería hoy!—dije estrechando enérgicamente el brazo en que mi mano se apoyaba.

—Sí, usted era todavía una niña—continuó, mirando á mis ojos. En aquel tiempo besaba yo esos ojos y los quería únicamente por su parecido... ¡Estaba muy lejos de pensar que un día los querría por sí mismos!... Entonces le llamaba á usted Mariquita.

—¿Por qué no me llama usted de tú?—murmuré.

—Iba á tutearte hace un momento; ahora es cuando siento que eres enteramente mía.

Y posó sobre mí su mirada atractiva, serena y venturosa.

Ibamos constantemente por en medio de la paja pisada ó amontonada que había quedado en el campo después de la siega. No oíamos más que el ruido de nuestras voces y de nuestros pasos amortiguados.

A la otra parte de la cañada se extendía un campo parduzco hasta un desnudo bosquecillo; un labrador trazaba enfrente de nosotros un surco negro que iba siempre ensanchándose. Al pie de la colina pacían varios caballos diseminados; parecía que no había más que alargar la mano para tocarlos.

Por el lado opuesto de la cañada desarrollábase ante nosotros hasta el jardín que dominaba nuestra casa otro campo negro y deshelado, por donde apuntaban aquí y allí los brotes verdes de las siembras de otoño.

El sol desmayado abrillantaba en el aire la enredada madeja de los hilos de la Virgen, que se cruzaban en todos sentidos, giraban sobre nuestras cabezas, se agarraban á nuestros ojos, al pelo ó á la ropa, y volvían á caer al suelo.

Cuando hablábamos, vibraban nuestras voces con extraña sonoridad, y parecían quedar suspensas en el aire inmóvil; experimentábamos la sensación de estar completamente aislados en la tierra, solos bajo el cielo, recogiendo las pálidas sonrisas de un sol moribundo.

También yo hubiese querido llamar de tú á Serguei Mikhailovich, pero me detenía una especie de vergüenza.

Por fin, dije animosamente y á media voz, con la mayor rapidez posible:

—¿Por qué vas tan deprisa?

Y no pude menos de sonrojarme.

Acortó el paso, y me contempló con más cariño, con más satisfacción y alegría aún.

Al entrar en la casa, encontramos á la madre de Serguei Mikhailovich y á los convidados, sin los cuales parece que no puede celebrarse decorosamente una boda; y á partir de entonces hasta nuestro regreso de la iglesia después de la bendición, no pudimos vernos solos ni un instante.

Cuando entré en la iglesia se hallaba casi vacía; con el rabillo del ojo divisé desde mi sitio á la madre de Serguei Mikhailovich, que estaba cerca del coro, en pie sobre una alfombra, y junto á ella á Katia, con cintas color de lila en el tocado y lágrimas en las mejillas; por último, dos ó tres criados nuestros, que me miraban con curiosidad.

En cuanto á él, no necesitaba verlo para sentir su presencia cerca de mí.

Seguí atentamente las oraciones, y las repetí; pero no encontraron eco en mi alma. No podía rezar; miraba distraídamente las santas imágenes, los cirios, la cruz bordada de la casulla del pope, el iconostasio y las vidrieras, pero no comprendía nada de lo que pasaba. Sentía sólo que se realizaba en mí algo extraordinario.

Cuando el pope se volvió hacia nosotros con la cruz en la mano, y nos felicitó, diciendo que él, que me había bautizado, se congratulaba de que Dios le hubiese concedido la gracia de darme la bendición nupcial, y cuando nos abrazaron Katia y la madre de mi marido, y oí á Gregorio llamar á nuestro cochero, me sorprendí y asusté al ver que ya había concluído la ceremonia, sin que hubiese notado en mi alma nada que correspondiese al sacramento religioso de que acababa de participar.

Mi marido me besó, pero ese beso que le devolví me pareció extraño. ¡Estaba tan poco en consonancia con la intensidad de nuestro pensamiento!

«¿No es más que esto?» pensé.

Bajamos al pórtico; resonaron las ruedas bajo la bóveda de la iglesia; azotó mi cara una bocanada de aire fresco; Serguei Mikhailovich se puso el sombrero y me ayudó á subir al coche; después se sentó á mi lado, y cerró la portezuela.

Sentí una punzada en el corazón: me había herido aquella seguridad con que tiró hacia sí de la portezuela.

Oí la voz de Katia recomendándome que me tapase bien la cabeza; retumbaron las ruedas sobre las piedras, y á poco se apagó su ruido sobre el terreno blando. Estábamos en el camino.

Acurrucada en el rincón del coche, miré al través del vidrio los vastos campos iluminados por la luna, y la carretera que se perdía á lo lejos en aquella viva claridad; y sin mirar á mi marido, lo sentía muy cerca de mí.

«¡Cómo!—me dije.— ¡Esta hora solemne de que tanto esperaba no es más que esto!» Y de pronto me pareció humillante y depresivo encontrarme así enteramente sola tan cerca de él.

Me volví con intención de decirle algo. Pero me faltaron las palabras, como si el sentimiento de cariño hubiese dado puesto á un sentimiento de susceptibilidad y de temor.

—¡Hasta este momento no creía en mi felicidad!—dijo dulcemente para responder mi marido.

—Sí, amigo mío, pero... no sé por qué... ¡tengo miedo!...

—¿Tienes miedo de mí?—dijo cogiéndome la mano para llevarla a sus labios.

Mi mano permaneció inerte en la suya, y mi corazón se contrajo dolorosamente como bajo una impresión de frío.

—Sí—murmuré apenas.

Pero en el mismo instante empezó á latirme el corazón con mayor fuerza y á temblar la mano que tenía asida mi marido; se difundió por mí una impresión de bienestar; mis ojos buscaron su mirada en medio de las tinieblas, y sentí de repente que ya no tenía miedo de él, que aquel mismo temor era amor todavía, un amor nuevo, más tierno y más poderoso que antes; sentí, en suma, que le pertenecía por completo, y que me satisfacía el poder que había adquirido sobre mí.

LEON TOLSTOÏ

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SECCIÓN LIBRE

¡GALLIFFET TAMBIÉN SOCIALISTA! ⁽¹⁾

RECUERDO DE LA «COMMUNE»

El aniversario del 18 de Marzo ha sido celebrado este año bajo los más excelentes auspicios. Un ministro socialista en el gobierno, y otro—el de la guerra si os place—que, en una declaración en la tribuna, reivindica también el nombre de socialista.

Eso parece fantástico, cuando se sabe que este señor lleva el nombre de marqués de Galliffet, y sobre todo cuando se recuerda que este ministro fué el gran asesino de la *Commune*.

Es el segundo asesino de la *Commune* quien tiene aspiraciones socialistas. Porque el general Boulanger, que como se sabe se distinguió en la sangrienta represión, se llamaba «general socialista», y se dice que el partido obrero revolucionario de los señores Guesde y Lafargue estaban prontos á marchar con él si se hubiese atrevido. Pero le faltó valor. Hoy se puede celebrar la conversión del general Galliffet.

¡Qué propagandista tan maravilloso es este M. Millerand! Es preciso esperar que de aquí á poco habrá hecho nuevas conversiones del mismo género y que antes de poco habrá ganado para nuestra causa al mismo presidente de la república.

Entonces podremos ver en la Exposición de París, un presidente socialista, un ministro de la guerra socialista y... qué sé yo todavía. Verdaderamente esto será primoroso. Se dice que los tiempos de los milagros han pasado. Pero ¿no es esa la octava maravilla del mundo?

(1) Este artículo había de publicarse en números anteriores; pero el exceso de original nos lo impidió.

¡Y hay gentes «chifladas» y «locas» (1) lo suficiente para decir que un socialista no debe tomar asiento en un *ministerio* burgués!

Cuando este verano el Congreso Internacional de los parlamentarios se reuna en París—expulsando á los anarquistas—nosotros vemos ya la presidencia del dicho Congreso ofrecida al general de Galliffet.

Y para el día de la recepción de los miembros del Congreso en el Hotel de Ville prepararse una verdadera apoteosis. Se recuerda todavía el solemne paseo de Liebknechet del brazo de Vaillant, en la sala de recepción del Congreso del 89 para personificar la alianza de los franceses y de los alemanes y entre tanto hacer la tríplice. El símbolo fué herido. En París será otra cosa.

La social democracia estará representada por el «antiguo soldado de la Revolución» defendido por Millerand y Galliffet. También puede representarla el abad Daens de Bélgica, que está complaciente con el socialismo. ¿Vendrá?

En ese caso, Millerand le cederá su plaza y se verá avanzar á Liebknechet entre el sable y el hisopo, los dos socialistas. ¿No será eso una magnífica apoteosis?

¡Decid después que el socialismo no camina!

¡Qué sueño que un Galliffet entre en el siglo xx como socialista, mientras que los nombres de treinta mil comuneros acaban maldiciendo el gran asesino, porque tal es el verdadero nombre de M. de Galliffet que asesinó no solamente por profesión, sino por placer personal!

Es Lissagaray quien lo cuenta. El domingo 28 de Mayo ordenó Galliffet á los viejos que salieran de las filas. Había ciento once. «Vosotros habéis visto las jornadas de Junio del 48, vosotros sois más culpables que los otros»—les dijo.—Después les hizo fusilar.

El hombre que pronuncia tales palabras, no es un hombre, es una bestia feroz.

No es un guerrero, es un carnicero. Es el bruto que se venga.

No comprendo cómo Millerand, que debe ser, además de socialista, el amigo y el abogado de los sobrevivientes de la *Commune*, puede tomar asiento al lado de Galliffet. Si un hombre semejante quisiera entrar en el aposento donde yo estuvi-se, me retiraría, porque vería sobre sus carnes y su ropa la sangre de sus víctimas. Y si este sujeto se llamase socialista, yo preguntaría á la razón por qué puede insultarnos tanto. Se puede convertir, se dirá.

Sin duda. Todo es posible. Pero para creer en la conversión espero tener pruebas convincentes.

¿Se tienen estas pruebas?

Esperándolas se debe dudar y no tener confianza. Felicitémonos todos, lo mismo que los sociales-demócratas de este nuevo «camarada» y les deseamos una desilusión lejana.

Evidentemente avanzamos. Un paso más y habremos encontrado nuestro Constantino socialista, como hubo un Constantino cristiano. Por un momento, hemos pensado que el emperador de las sorpresas, Guillermo II, podía desempeñar este hermoso papel.

¡Todos socialistas!

«¡Ved la influencia de las ideas socialistas!»

Muchos hablan así con un tono de triunfo y se encuentran demasiado honrados

(1) Estos son los nombres que M. J. Guesde ha dado á nuestro amigo Kropotkine «un loco, un chiflado sin valor.»

con la presencia de monsieur el profesor, monsieur el abad, monsieur el diputado. ¡Oh! Eso es más de agradar que el entretenimiento con los obreros de blusa sucia.

Pero si la pequeña burguesía se lleva bien con los sociales-demócratas, eso prueba que el socialismo se emburguesa, ya que la burguesía no se socializa. Cada vez más la social democracia, se vuelve un partido aburguesado sin peligro.

El antiguo ministro inglés, Harcourt, decía un día: «Ahora todos somos socialistas.

La Encíclica del Papa León XIII, ¿no tiene un vago matiz socialista? Bismarck, igualmente quiso un día ser socialista.

En cuanto a mí, yo desconfío del socialismo de los poderosos.

Comprendo, sin embargo, el gozo de los sociales demócratas con sus nuevos adeptos. No olvidéis, en efecto, que él puede rendir inmensos servicios.

Vosotros os recordaréis que Chauvin, ayudante del ex diputado Julio Guesde, dijo un día que cuando los demócratas hubieran conquistado el poder, su primer cuidado sería fusilar a los anarquistas. Pero cuando en una reunión pública se le ofreció un fusil para este efecto, se marchó muy confuso haciendo la figura del desgraciado caballero Don Quijote de la Mancha.

Ahora Chauvin y sus amigos ya tienen el cruel asesino. El general de Galliffet ha probado que se atreve a servirse del fusil. Sin temor y sin reproche asesinará todos los anarquistas que quiera, como lo hizo el 71 con los comunistas. Y todos sus pecados le serán perdonados de un golpe, *ad maiorem gloriam social democratismi*.

Se comienza con los comunistas para acabar con los anarquistas.

Hay progresos en el mundo.

La conquista del poder público está próxima y la hora del socialismo ha sonado.

¿Del socialismo? Lo dudamos, porque eso será una nueva forma de esclavitud.

Nosotros no queremos un cambio de amos, sino la abolición de todos. No queremos un cambio de tiranos, sino la supresión de la tiranía. Y esto lo haremos los anarquistas, que somos los únicos socialistas que quedan, aun cuando seamos perseguidos como heréticos por los sedicentes socialistas.

Será lo mismo que con el cristianismo de otros tiempos. En el siglo IV el cristianismo triunfó bajo el emperador Constantino; pero en detrimento del principio cristiano, y los partidarios de la idea verdaderamente cristiana eran perseguidos y masacrados.

Hoy el socialismo triunfa con la conquista de los poderes públicos, pero en detrimento del principio socialista, y los partidarios del socialismo anarquista, del verdadero socialismo, serán pronto desterrados, perseguidos y masacrados como enemigos del orden social demócrata.

Para lograr este resultado hemos combatido tanto tiempo los socialistas de verdad.

Casi da vergüenza llamarse socialista cuando un Galliffet y sus amigos llevan el mismo nombre.

DOMELA NIEWENHUIS.

(Traducción de Aurelio Fernández.)

“LA RESCLOSA”

La verdad no es una prostituta que se entrega al primero que pasa: á menudo es una joven hermosa á quien ni con los más grandes sacrificios se puede conseguir...

«Ignacio Iglesias acaba de poner á la venta una edición de su drama catalán en tres actos *La Resclosa* (*La Esclusa*), aquella admirable obra que tanto hemos tenido el placer de aplaudir los compañeros de Barcelona, y cuyo éxito en algunas representaciones hubimos de imponer casi con los puños ante los desplantes de unos cuantos muñecos religiosos de esos á quienes sus papás amamantan con una moral de letrina que tal vez harían pasar por sana, si no olierá demasiado á sifilítica.

»*La Resclosa* forma un elegante tomito de 190 páginas, que recomendamos á los amigos que conozcan el catalán y deseen remozar su fe revolucionaria leyendo una obra de verdadero mérito artístico... si disponen de dos pesetas.»

Una noticia por el tenor de las líneas que anteceden pensaba remitir á una de las pocas publicaciones donde á los *nyèbits* de la pluma como yo se les tolera escribir, á no haber sufrido *La Resclosa* una, á mi juicio, lamentable modificación. Ahora, además de publicar la aparición de dicho drama impreso, me considero casi obligado, tanto porque la obra se lo merece, como porque fui yo quien en estas mismas páginas me ocupé de ella cuando se estrenó en Sitges, á dar cuenta de lo que para mí viene á ser una mutilación y á exponer referente al hecho lo que se me ha ocurrido. Para ello creo necesario recordar cómo acontecía y terminaba cuanto el autor ha cambiado en el último acto del drama, pues del primero sólo puedo decir que sigue siendo tan magnífico y el segundo aceptable como antes.

Adrián, desde que aparecía en escena el primer acto hasta el tercero, en que Mingo le mataba, mostraba sin cesar sus celos, su escama y su odio hacia el *señorito* David, afirmando que á todo trance impediría que éste y Nuria se uniesen, aunque hubiese de matar al primero y hacer suya á la fuerza á la segunda. En un momento, en el acto tercero, en que Nuria profería gritos porque Adrián la amenazaba brutalmente, aparecía David retándole á que se atreviera con él mientras el *hereu* le llamaba ladrón y le decía que quería arrancarle el corazón, y luego amenazaba á Nuria con que David no sería para ella y que no saldrían adelante en sus deseos amorosos. «A la fuerza», replicaba David y «¡jamás!» decía Adrián. Se abalanzaba el uno hacia el otro, é indudablemente pereciera David, pues Adrián es más forzado y tomaba un cuchillo de encima la mesa, si á causa de los gritos de Nuria no acudieran Blai y Quima y en seguida Mingo, que forcejea por separarles, diciendo á Adrián que suelte el arma; y, logrando arrebatársela y despertada en el fragor de la lucha su ojeriza hacia Adrián, le mataba inconscientemente impulsado por la tenacidad de éste contra David. Había un momento de estupor en todos, hasta que Mingo, satisfecho, no por la vida que había destruido, sino por la que deparaba á la enamorada pareja, les decía serena y genialmente: «Idos, y sed felices: yo me quedaré con vuestras penas». Blai y Arcadi anonadados aún, y la madre suplicando á Nuria que no les abandonara. «No,—ex-

clamaba ésta con un simbolismo sublime—que me ataríais; me ahogaríais». La digna pareja pronunciaba unas bellas frases ansiosos de amor, de libertad, de vida, y desaparecían, acompañados de Arcadi, en busca de la ya preparada tartana, mientras Blai y Quima quedaban alelados, como aplastados por la visión de un mundo de luz que no cabía en su mollera, su aniquilada esclusa. Así terminaba *La Resclosa*; así era ésta derribada, sugiriendo al público una bellísima idealidad á realizar, aunque para ello fuese necesario pulverizar los convencionalismos de la familia y la tiranía de la sociedad actuales que forman el bloque colosal que lo impide.

Pues bien: al parecer sólo para quitar la repugnancia de una muerte, que si no hubiese sido bastante justificada podía y debía aceptarse como un elocuente símbolo del error y de la tenacidad, el idealismo revolucionario con que *La Resclosa* terminaba, por su poesía y por la luz que irradiaba en las conciencias, se ha trocado en un final simplemente de comedia, en un ambiente sombreado por incierta liberación de Nuria de la tutela paternal, que á lo sumo consentirá que se una con David como una vulgaridad, según la ley y la religión, y por la inconsistencia artística en que queda David, que sólo parece *un joven que desea casarse*, sin una frase que le afirme ni como artista ni como pensador, como si únicamente se hubiera sentido héroe é inspi-rado mientras Adrián le ha disputado la doncella...

Pero veamos cómo finaliza el drama en la actualidad.

Todo va igual hasta el instante en que Mingo mataba á Adrián, sólo que ahora así que aquél le arrebató el cuchillo, lo lanza contra el suelo, diciéndole: «¿Eso es de un hombre digno?» Adrián, rindiéndose, lamenta que no le haya dejado hacer, y Mingo le dice: «Y ahora... ¿no te mueres de vergüenza?» Adrián le maldice y Mingo le compadece casi fraternalmente. Luego de un corto silencio, dice David: —Adrián. —¿Qué desea?—contesta éste. D.—Vos habéis equivocado el camino. A.—Yo también sé amar. D.—Sí; pero á vuestra manera. A.—Yo sólo veo que se me ha engañado.—Quima (*suplicando, llorosa*).—¡Adrián! ¡Hijo!... A.—(*amenazándole iracundo*). Vos, vos me habéis engañado! Q.—¡Ay, pobre de mí! ¿Qué dirá la gente de nosotros? A.—¡La gente! ¡La gente! ¡Mi juventud es lo que siento! D.—(*con sentimiento noble*). ¡Pobre Adrián! A.—(*casi sollozando*). ¡No puedo permanecer más aquí! ¡No puedo! (*Mirando á David y á Nuria*). ¡Tengo envidia de vuestra felicidad! ¡Os llevo mucha envidia! (*Dirigiéndose al foro*). ¡Joaquina!... Joaquina!... (*Con emoción trágica*). ¡Qué mal me habéis hecho! ¿Por qué me engañasteis? ¡Quién me sacará este roedor!.. ¡Oh! ¡Qué celos!.. ¡Qué celos! (*Desaparece transido de dolor. Nuria, lacrimosos los ojos, mira á Adrián; y así que éste desaparece, fijándose en David, se lanza en sus brazos llorando enamorada y exclama*): —¡David! y éste —¡Gloria mía! (*Joaquina sentada en una silla, está del todo preocupada. Blai, Arcadi y Mingo quedan atónitos, como petrificados, formando todos juntos un cuadro*). (*Telón rápido*.)

Así concluye la obra. Si siempre se hubiese representado como ahora acaba, habríase podido decir que el final malograba algo muy bueno que hacía presentir ya de su hermoso primer acto, pero que, aparte de que Adrián en las últimas escenas del acto tercero se falseaba, así como también se desdibuja Mingo, de todos modos no terminaba del todo mal, sino tan sólo de una manera adocenada. Pero los que conozcan *La Resclosa* íntegra, como antes era, á mi parecer, y la vean ahora, van á quedar defraudados y no me asombraría que así lo manifestaran al autor.

Por mi parte, yo que desde años ha vengo aplaudiéndole por su sana labor, y que espero nuevas ocasiones para poderle aplaudir con el entusiasmo sincero que tantas veces le he probado por sus obras á Ignacio Iglesias, esta vez no puedo menos

de darle mi pésame por la fortaleza que *La Resclosa* ha perdido, que tanto realzaba las figuras de David y Nuria, y porque Adrián, tal como es aún, sin cultura, celoso, obstinado, con las amenazas que hace y acentuándose progresivamente su odio á David, no preparándole, al menos en el segundo acto, para el nuevo final, bajo ningún concepto se explica que se transforme en reflexivo, en los momentos que está jugando, á su manera, el todo por el todo. Adrián no muere en la escena, es verdad, pero ocurre algo peor: no vive en el drama. Tal como está desarrollado, si no se le quiere huir ó evitarle, su muerte, lo dije ya, es una necesidad fatal. Adrián es hombre tenaz y decidido, y en toda la obra lleva en sí una tragedia; cuando ésta estalla queriendo aplacar hablándole de dignidad, como tan impropiaente le habla Mingo, precisamente éste, que en toda la obra no puede digerirle, lo encuentro muy inverosímil y nada humano, dentro de aquella idealidad artística. Y aún recelo de que Iglesias andaría inseguro y cuidadoso en su *arreglo*, no sólo por las palabras que con dudosa espontaneidad hace cambiar entre Mingo, Adrián y David, así que el primero desarma al segundo, sino, sobre todo, por la multiplicidad de frases, algunas de ellas probablemente de intencionado igual sentido, que hace decir á Adrián antes de retirar-se frases *deseosas* de eco emocionante para distraer hasta el final el interés del público, ya previsto, tal vez languidecido, afectando un calor dramático emanado del artificio, como el pintor recarga el colorido de un cuadro para llenar los vacíos de coordinación y de realce ideal que su inspiración le niega.

FELIPE CORTIELLA.

Barcelona 26 Mayo 1900.

TRIBUNA DEL OBRERO

MATERIALISMO É IDEALISMO

Ordinariamente, el materialismo y el idealismo son considerados como absolutamente contradictorios. El materialismo es presentado como una doctrina triste, desconsoladora, desesperada, sombría y vacía; buena únicamente para los hipocondríacos, los misántropos ó para los hombres guiados por la sola razón; mientras que, al contrario, dicen que el idealismo tiende á satisfacer las necesidades más elevadas del espíritu y del corazón, y á elevar al hombre más allá de la imperfección y de la nada de la vida terrestre, dándole una concepción más elevada del mundo y de las cosas. Hay tan poca realidad en todo lo dicho, que precisamente podría indicarse al materialismo científico como capaz de realizar el más elevado idealismo de la vida. En efecto; cuanto más desprendidos estamos de las ideas de ese mundo exterior y superior que se llama *más allá*, tanto más dispuestos nos hallamos á utilizar todas nuestras fuerzas para explicarnos el *más acá*, esto es, el mundo en que vivimos, y tanto más útilmente posible

para el individuo y para la colectividad. He aquí el campo donde el idealismo, es decir, las tendencias ideales de la naturaleza humana pudieran extenderse; pero este campo no está situado más allá de las estrellas; está bajo nuestros pies, y la visión ha tenido que ceder el paso á la realidad. Puede decirse, pues, que no hay defensores más ardientes del progreso, ni mejores amigos de la libertad, ni más entusiastas partidarios de la universalidad é igualdad de los derechos del hombre y de la dicha de la humanidad que los materialistas y librepensadores. Su creencia, pues los materialistas tienen también su creencia, es que el hombre es mejor de lo que parece, que puede más de lo que sabe, que merece ser más feliz de lo que es. El cielo y el infierno, estos dos espantajos del despotismo intelectual, existen también para el materialista, pero los busca y los encuentra, no fuera del hombre, sino en su interior; y demuestra que sólo depende del hombre y de su conducta el encontrar acá en la tierra el cielo ó el infierno.

Las aspiraciones hacia el perfeccionamiento y la felicidad terrestre han hecho decir del materialismo que sólo atiende á los placeres y al goce de los sentidos, y que olvida las necesidades intelectuales más elevadas, los intereses del alma, subordinándolos á las inclinaciones puramente animales. Los que tal dicen confunden ridícula y evidentemente el materialismo científico ó teórico con el materialismo práctico, el de la vida, que ni es tan solamente digno de refutación.

El materialismo de la ciencia y el de la vida están á cien leguas de distancia uno de otro, y sólo la malevolencia ó la estupidez pueden ser capaces de confundirlos. El que dedica su vida al estudio, su interés personal á la verdad, sus fuerzas intelectuales al mejoramiento de la suerte humana, el que no encuentra placer en los placeres sensuales, éste es superior á todas luces á aquellos que encuentran en su idealismo un medio de alcanzar buenos destinos y altos tratamientos, ricas prebendas y brillantes distinciones. Aun cuando sucediera que el materialismo se propagase y fortificase entre las masas, si éstas despreciaran el goce de los placeres terrestres, debería acomodarse con satisfacción este resultado; pues entonces el placer, traducido bajo el sentido que le da la concepción científica y materialista, no satisfaría tan sólo los instintos groseros y animales, sino que ennoblecería á un mismo tiempo el cuerpo y el espíritu. Entonces nos acercaríamos tanto más á esa clara y saludable concepción del mundo, que tanto dominaba entre la antigüedad clásica, y de la cual tanto nos ha alejado el monarquismo y la ambición de mando; entonces esos innumerables medios de civilización tan poderosos que la antigüedad ignoraba por completo, servirían tan sólo para facilitar, multiplicar y ennoblecer los placeres humanos.

En resumen; el materialismo y el idealismo no son, como tantos creen, á consecuencia de una ignorancia excesiva, enemigos natos; en el fondo no son más que expresiones diversas de una sola y misma cosa. En teoría el materialismo sobrepasa en valor ideal á la antigua filosofía del idealismo, pues no se contenta, como esta última, con la declaración simple de gran número de hechos inexplicables por la experiencia y con la deducción de la existencia de causas sobrenaturales é innatas; al contrario, penetra hasta el fondo de las cosas y procura describir las conexiones más íntimas. En la práctica es superior á todos los otros sistemas, ya en cuanto á todas las concepciones del mundo de naturaleza idealista, ya en lo que dicta para llegar lo más pronto posible á su realización.

No hay otra filosofía que esté más íntimamente unida con la vida; es la mejor

piedra de toque para apreciar su valor y exactitud; es la influencia que ejerce y ejercerá mayor imperio sobre la vida y el organismo. Su tendencia práctica es tan sensible, tan unitaria, tan clara y limpia como su teoría; y todo su programa, en cuanto al porvenir del hombre y de la humanidad, está encerrado en seis palabras, que contienen todo lo que el porvenir puede desear teórica y prácticamente. Las palabras á que nos referimos son estas:

¡Libertad, instrucción y bienestar para todos!

BÜCHNER.

A LOS ACRATAS

No olvidemos que si nosotros queremos libertad la quieren también los desgraciados presos por los infames procesos de Jerez.

Sí, démosles libertad, sin fijarnos en obstáculos. No nos preocupemos con las víctimas que pudiéramos causar, puesto que de ellas no se preocuparon sus verdugos ni la sociedad que los tolera. Sólo así demostraremos que estamos convencidos y que deseamos un régimen de libertad.

¿Para qué queremos la vida que arrastramos, llena de privaciones? O buscar otra con arreglo á nuestros ideales, ó perderla en la conquista de nuestra libertad y la de todas las víctimas.

No seamos sordos á los gemidos que desde los presidios nos llegan á diario pidiendo justicia. No nos acobardemos; no olvidemos que si nos dormimos veremos aún más y más pisoteados nuestros derechos.

Es preciso luchar, aunque nos quedemos solos, hasta obtener justicia: ó la muerte ó la libertad de los presos. En la lucha por la libertad de las víctimas levantaremos el prestigio de la idea.

Basta de debilidades. Que cada uno de nosotros luche con arreglo á sus fuerzas. Fijáos en una guerra, en la que todos los soldados dejan de ser cobardes, porque combaten arrastrados por la disciplina. ¿Por qué no hemos de combatir nosotros arrastrados por nuestro amor á la justicia?

¿Que no estamos en condiciones de luchar? No lo creo. La Francia del 93 no necesitó tantas condiciones para derribar su Bastilla. Bastóle querer para vencer. Queramos nosotros y venceremos.

RAFAEL ROSALES.

Línea de la Concepción.

Con este número termina el segundo año la publicación de LA REVISTA BLANCA.

En el próximo empezaremos nueva numeración para dar principio al tercer tomo.

Felicitamos á los lectores que nos han seguido hasta aquí y nos felicitamos por haber conseguido el concurso de tan buenos amigos. De nuestra buena voluntad recibirán pruebas patentes durante el curso del año que vamos á empezar próximamente, si no nos falta, que no nos faltará, el apoyo que hasta ahora hemos conseguido de los amigos en particular y del público en general.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Villanueva y Geltrú. R. R. Recibidas 4,50 pesetas de *Las Dominicales*.—San Sebastián. F. A. Recibido trimestre que fine al núm. 29 inclusive.—Oviedo. A. G. Recibida libranza. Distribuida. Escribí.—Arenys de Mar. A. M. Recibido original.—Palamós. P. V. Recibido billete. Pasado aviso a *Blanco y Negro*. Envío folletos.—Marsella. V. C. Envía los datos que dices.—Chafarinas. S. S. Recibidas 8 pesetas. Se extravió la carta que avisaba el destino de esta cantidad. Agradeceré lo repitas.—Barcelona. J. G. No se recibió su libro *Trasuntos*. J. C. Recibido giro. Conformes.—Martín Provencals. J. C. Recibido original.—Sabadell. C. J. Los folletos que no envié, no los tenemos. Fijate en el anuncio administrativo de *Suplemento*.—Gibraltar. N. G. Pagado 24 y 25.—Gijón. F. F. Recibidas 25 pesetas.—Lugar del Pino. E. V. Recibida suscripción trimestre. Envié *Conferencia*.—Alcázar de San Juan. M. M. Recibidas 10 pesetas en sellos. Hace muchos días envié 10 *Conferencias*, supongo se recibieron. Envío otras 10.—Villa Constitución. A. R. Repito el paquete 20 que debió extraviarse. Supongo habránse recibido *Conferencias*. Procuraré enviar lo que pedís.—Gibraltar. H. C. y N. G. Recibidos billetes de ambos. Espero especifiquéis destino dinero.—Gijón. F. F. Envío *Ciencia Social*. El corresponsal B. que diga *Las Campañas* que quiere y avisaremos.—Melilla. J. C. Envié suscripción y *Conferencia*. Pasaré aviso a *Idea Libre*.—Bilbao. M. L. Recibida la tuya; te enviaré recibos.—Buenos Aires. *Ciencia Social*. Recibida carta y folletos. Escribiré. Repito paquete extraviado y los que faltaban de cada número. Envío folletos.—Manzanera. A. M. Recibida suscripción que termina el núm. 48.—Elche. J. V. Envié números pedidos.—San Fernando. P. Z. Envié números pedidos; *Los Crímenes de Dios* agotado. Enviaré cuando haya. *El dolor universal*, no está hecha edición castellana.—Alicante. J. de la R. Envío lo pedido.—Granada. J. B. Envío lo pedido.—Perpignan. A. C. Recibida carta y valores. Nos alegramos podais hacer algo.—Haro. V. G. Enviaré recibos. Recibidos tus folletos.—Cartagena. A. y V. Enviaré suscripción directa.—Bilbao. I. I. Aumento paquete.—Málaga. J. R. Recibida libranza 54,10 pesetas; distribuidas. Pagado hasta el 24 inclusive. Envío folletos pagados.—Valladolid. *Idea Libre*. Tenemos 2,50 (saldo) de J. R., de Málaga, para ti y envíale, en vez de medio, un paquete. Incluyo nota de una suscripción nueva y de un pedido nuevo.—Jerez. M. C. Recibida libranza. Pagada las suscripciones de J. A., F. F. y tuya por un año, y las *Conferencias* como los paquetes de *Suplementos* hasta el núm. 4 inclusive.—Barcelona. J. V. Envié colecciones y números pedidos.—Manlleu. J. A. Repito paquete 22 y envío los números pedidos.—Sama. C. O. Servido lo que indicaba.—Valls. S. C. Pagado hasta el 24 inclusive.—Puerto de Santa María. F. T. Repetí 24.—Santa Cruz de Mudela. F. B. Tan pronto esté hecha segunda tirada de 1 y 2 serviré la colección.—Santander. M. M. Recibidas 43 pesetas. Envié colecciones y folletos pedidos. Escribí.—Coruña. J. S. Envié paquete. Escribí.—Sabadell. A. R. Sirvo suscripción pagada por un año. Envío folletos.

❁

En la biografía de Luisa Michel, aparecen los dos versos franceses totalmente destrozados. Deben decir:

Nous entreron dans la carrière
Quand nos aînés n'y soront plus.

COLABORACION

DE

LA REVISTA BLANCA

Doña Soledad Gustavo, profesora.
Luisa Michel.

D. Pedro Dorado, catedrático.
Francisco Giner de los Ríos, catedrático.

Juan Giné y Partagás, catedrático.

Leopoldo Alas (Clarín), catedrático.

U. González Serrano, catedrático.

José Esquerdo, catedrático.

Fernando Tarrida, ingeniero.

Antonio Sánchez Pérez.

D. Manuel Cossío, director del Museo Pedagógico.

Alejandro Lerroux, periodista.

Miguel de Unamuno, catedrático.

Anselmo Lorenzo, escritor.

Fermín Salvochea.

Ricardo Mella, escritor.

Adolfo Luna, periodista.

Jaime Brossa, escritor.

A. del Valle, escritor.

Doctor Boudín.

Pedro Corominas.

José Nakens.

Nicolás Estévez.

GERENTE

FEDERICO URALES

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, Portugal, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre...	1,50 pesetas.
» » » » » un año.....	5 —
Paquete de 12 ejemplares.....	2,00 —
Un ejemplar.....	0,25 —
En los demás puntos igual precio, más el importe del franqueo.	
Los números atrasados no tienen aumento.	

Toda la correspondencia al Administrador.

